

LeMAC 2013

## **“A Mí me lo hicisteis” (Mt 25, 40)**

“El amor del prójimo...  
si entendiésemos lo que nos importa esta virtud,  
no traerías otro estudio.”  
(Santa Teresa de Jesús,  
Moradas del castillo interior, 5 M 3, 10)

### **¿Qué vamos a ver en este tema?**

- Comenzamos rezando y meditando.
- Objetivos.
- Introducción
- 1.- “Dios es amor, y quien permanece en el amor permanece en Dios y Dios en él” (1 Jn 4, 16).
- 2.- ¿Qué es el amor?
- 3.- “El amor procede de Dios” (1 Jn 4,7)
- 4.- Lo primero que hay que hacer para amar: volverse a Dios.
- 5.- “Porque de la abundancia del corazón habla la boca.” (Lc 6, 43-45)
- 6.- “Cuéntales a todos lo que el Señor ha hecho contigo.” (Lc 8, 39)
- 7.- “Permaneced en mi amor” (Jn 15, 9)
- Dinámica: Amar es un éxodo (material que se utilizó en el Encuentro de M<sup>a</sup> Auxiliadora).

### **COMENZAMOS REZANDO Y MEDITANDO**

“Creo que no hay una frase del Evangelio que me haya causado una impresión más profunda y haya transformado más mi vida, que ésta: “Todo lo que hagáis a uno de estos pequeños, a mí me lo hacéis”. Si pensamos que son palabras de la Verdad increada, la de la boca que ha dicho: “Esto es mi cuerpo... esta es mi sangre”, con qué fuerza somos empujados a buscar y a amar a Jesús en “esos pequeños”, esos pecadores, esos pobres, aportando todos los medios materiales para aliviar sus miserias temporales.”

(Carlos de Foucauld; Carta a Luis Massignon, 1-08-1916)

“Tuve hambre, tuve sed, estaba desnudo, enfermo, en la cárcel y no me disteis de comer, no me recogisteis, no me cuidasteis, no me visitasteis. Todo lo que no hicisteis a uno de estos pequeños, no me lo hicisteis a mí. ¡Qué palabra tan grave! No hace falta comentarla, hay que creer en ella y darnos cuenta de que todo lo que podríamos hacer a un hombre y que no hacemos, de hecho es a Nuestro Señor a quien no lo hacemos. No dice: todo bien que rechazamos hacer, no, todo bien que no hacemos, que podríamos hacer y que no hacemos. Este hombre que pasa y que es pobre, desnudo, viajero, enfermo, no nos pide nada, pero es miembro de Jesús, porción de Jesús, parte de Jesús; nosotros le dejamos pasar sin darle nada de cuanto necesita... es a Jesús a quien dejamos pasar.”

(Carlos de Foucauld; A los más pequeños de mis hermanos, 1897-1898)

“Todo lo que hacemos al prójimo se lo hacemos a Jesús mismo: hay allí con qué cambiar con qué reformar nuestra vida, dirigir nuestras acciones, palabras, pensamientos. Todo lo que hacemos al

prójimo, se lo hacemos a Jesús... ¡Todo bien espiritual o material hecho al prójimo, se le hace a Jesús: qué espíritu apostólico, qué espíritu de limosna nos da esto!”  
(Carlos de Foucauld; Meditación, 1897)

“Entrégate al prójimo, es la mejor manera de ir hacia Dios: lo que hacemos a uno de estos pequeños, es a Él a quien se lo hacemos.” (Carlos de Foucauld, septiembre de 1916)

### ORACIÓN PARA APRENDER A AMAR:

“Señor, cuando tenga hambre, dame alguien que necesite comida;  
Cuando tenga sed, dame alguien que precise agua;  
Cuando sienta frío, dame alguien que necesite calor.  
Cuando sufra, dame alguien que necesite consuelo;  
Cuando mi cruz parezca pesada, déjame compartir la cruz del otro;  
Cuando me vea pobre, pon a mi lado algún necesitado.  
Cuando no tenga tiempo, dame alguien que precise de mis minutos;  
Cuando sufra humillación, dame ocasión para elogiar a alguien;  
Cuando esté desanimado, dame alguien para darle nuevos ánimos.  
Cuando quiera que los otros me comprendan, dame alguien que necesite de mi comprensión;  
Cuando sienta necesidad de que cuiden de mí, dame alguien a quien pueda atender;  
Cuando piense en mí mismo, vuelve mi atención hacia otra persona.  
Háznos dignos, Señor, de servir a nuestros hermanos;  
Dales, a través de nuestras manos, no sólo el pan de cada día,  
también nuestro amor misericordioso, imagen del tuyo.”  
(Madre Teresa de Calcuta)

### “Os voy a mostrar un camino que los supera a todos.” (1 Cor 12,31)

“Aunque yo hablara todas las lenguas de los hombres y de los ángeles,  
si no tengo amor, soy como una campana que resuena o un platillo que retiñe.

Aunque tuviera el don de la profecía  
y conociera todos los misterios y toda la ciencia,  
aunque tuviera toda la fe, una fe capaz de trasladar montañas,  
si no tengo amor, no soy nada.

Aunque repartiera todos mis bienes para alimentar a los pobres  
y entregara mi cuerpo a las llamas,  
si no tengo amor, no me sirve para nada.

El amor es paciente, es servicial;  
el amor no es envidioso, no hace alarde, no se envanece,  
no procede con bajeza, no busca su propio interés, no se irrita,  
no tienen en cuenta el mal recibido, no se alegra de la injusticia,  
sino que se alegra con la verdad.

El amor todo lo disculpa, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta.  
El amor no pasará jamás.

En una palabra, ahora existen tres cosas: la fe, la esperanza y el amor,  
pero la más grande de todas es el amor”.

(1 Corintios 13, 1-13)

## **OBJETIVOS**

La naturaleza íntima de la Iglesia, y por lo tanto del movimiento y de nuestras comunidades, se expresa en una triple tarea: anuncio de la Palabra de Dios, celebración de los Sacramentos y servicio de la caridad. Son tareas que se implican mutuamente y no pueden separarse una de otra. (cf. (Benedicto XVI; Deus caritas est, 25)

A esta última tarea, la caridad, el Mac va a dedicar este año. Y sobre ello va el tema.

“Para la Iglesia (aleccionada por el Evangelio), la caridad es todo porque “Dios es amor” (1 Jn 4, 8): todo proviene de la caridad de Dios, todo adquiere forma por ella, y a ella tiende todo. La caridad es el don más grande que Dios ha dado a los hombres, es su promesa y nuestra esperanza.” (Benedicto XVI; Caritas in veritate, 2)

El amor es “el único criterio según el cual todo debe hacerse y no hacerse, cambiarse y no cambiarse. Es el principio que debe dirigir toda acción y el fin al que debe tender. Actuando con caridad o inspirados por la caridad, nada es disconforme y todo es bueno.” (Isaac de Stella)

Todo debe partir de esto y todo debe llevar a esto: toda actividad pastoral, toda iniciativa comunitaria. Porque sino, como dice S. Pablo: ‘Si no tengo caridad, de nada me sirve.’ (1 Co 13,3)

“Ama y haz lo que quieras. Si callas, calla por amor; si hablas, habla por amor; si corriges, corrige por amor; si perdonas, perdona por amor; que esté en ti la raíz del amor, porque de esta raíz no puede salir nada que no sea el bien.” (S. Agustín; Comentarios al capítulo 4º de la 1ª Carta de S. Juan 7, 8)

“El amor de Cristo nos empuja.” (2 Cor 5, 14) Es el mismo Jesucristo quien a través del Espíritu Santo, desde dentro, nos impulsa. Esto es el motor de todo. Este es el objetivo central para este año: que nos movamos (ya que somos un movimiento) impulsados por el amor del Señor. Tengamos la caridad como método, como herramienta, como medio.

“Esforcémonos por verificar que todas las cosas, tanto en nuestra vida personal como en la actividad eclesial en la que estamos insertados, estén impulsadas por la caridad y tiendan a la caridad.” (Benedicto XVI; Homilía; 25-03-06)

¿Cómo puede aterrizar todo esto en el día a día de la vida del Movimiento? He aquí una propuesta:

Para las comunidades:

1.- Que los grupos pastorales dediquen tiempo para hablar con sus hermanos de fe. El grupo pastoral no está sólo para coordinar la marcha de la comunidad, sino además de esto y principalmente, para “pastorear”. De ahí su nombre. Dice el Papa Francisco que “hacen falta pastores que tengan olor a oveja.” (Homilía misa Crismal, 28-03-2013)

2.- Que la comunidad sirva, se dedique a la gente que sufre, a la evangelización. Un cristiano que no sirve, no sirve para nada. Y esto mismo se aplica a la comunidad. Una comunidad que no sale de sí misma, que no está al servicio, es como un cuerpo que no hace ejercicio. Termina debilitándose, atrofiándose y enfermando. Somos comunidades de fe. Y la fe sino actúa por la caridad (cfr. Gal 5, 6) está muerta (cfr. Sant. 2, 17).

Somos comunidades MAC, somos comunidades de un movimiento. Sino nos Movemos Actuando Cristianamente (MAC), ¿qué sentido tiene nuestra vinculación a un movimiento sino me muevo? ¿para qué sirve un Movimiento sin “movimiento”?

3.- Tengamos la sana costumbre de hablar bien de mi familia de la fe, del MAC. Hablemos bien de nuestros hermanos de comunidad y de las otras comunidades. Bendigamos (decir bien) y no maldigamos (decir mal). Es algo fundamental en un cristiano. Esto ya lo dijimos en el tema del LeMAC 2012. Pero tenemos que seguir insistiendo. Es muy importante. Recordemos aquel LeMAC de hace unos años: “Vivamos en positivo. Mira lo bueno del hermano.”

Animémonos mutuamente dentro de las comunidades para el servicio de la caridad: “Procuremos estimularnos unos a otros para poner en práctica el amor y las buenas obras.” (Heb 10, 24)

Para los centros:

1.- Que los responsables den testimonio de vida cristiana, a nivel personal y como equipo de responsables. Esto es muy importante porque los jóvenes tienen que ver al Señor. Y el rostro de Jesús aparece en el grupo de cristianos que se ayuda, que se quiere. “Por el amor que os tengáis los unos a los otros reconocerán todos que sois discípulos míos.” (Jn 13, 35)

“Ha sido sobre todo la práctica del amor la que ha impreso una marca de fuego en los ojos de los paganos: ‘Mirad cómo se aman’, dicen (mientras que aquellos se odian entre ellos), ‘y cómo están dispuestos a dar la vida unos por otros’ (mientras que aquellos prefieren matarse entre sí).” (Tertuliano)

2.- Paciencia con los jóvenes, que es una característica del amor (cf. 1 Cor 13, 4). Todo va lento. De ahí que paciencia y confianza en el Señor. Cuando hablamos de paciencia nos referimos a la paciencia del agricultor que ha sembrado. Sabe que el fruto no va a salir en dos días. Pues igual nosotros. Sembremos, no dejemos de hacerlo. Sembrar en todo momento. Reunir a los jóvenes, dar equipo, tener las oraciones comunitarias y confiar en el Señor.

3.- No perder la calle. El MAC lleva a la Iglesia a la calle. Esto es muy importante. Que no perdamos las pistas de futbito, las salidas, las pandillas, convivencias, excursiones, playa, etc. Y aquellas que se nos vayan ocurriendo.

## **INTRODUCCIÓN**

Ante un aumento del paro sin precedentes.

Ante una corrupción generalizada y que toca todos los estamentos.

Ante una crisis económica, social y humana (que está haciendo estragos: paro, desahucios, suicidios, etc) cuya raíz es una crisis moral y de valores.

Ante una clase política que ha perdido el norte, e incluso, el sentido común.

Ante unos medios de comunicación cada vez más censurados, partidistas e ideológicos.

Ante un retroceso de derechos y libertades.

¿Y qué decir de los jóvenes? Ante el espectáculo que le estamos dando, pues así están los pobres... totalmente abandonados.

¿Y el Tercer mundo? Ellos ya no son noticia. Tenemos bastante con ocuparnos de nuestra crisis, ¿no?

Gracias a Dios no todo es negativo. Pero ante este panorama, ¿qué podemos hacer como cristianos? ¿cuál es nuestra respuesta como Iglesia, como Cuerpo de Cristo que somos?

“Nos planteamos hoy la pregunta dirigida a Pedro en Jerusalén, inmediatamente después de su discurso de Pentecostés: «¿Qué hemos de hacer, hermanos?» (Hch 2,37).

Nos lo preguntamos con confiado optimismo, aunque sin minusvalorar los problemas. No nos satisface ciertamente la ingenua convicción de que haya una fórmula mágica para los grandes desafíos de nuestro tiempo. No, no será una fórmula lo que nos salve, pero sí una Persona y la certeza que ella nos infunde: *¡Yo estoy con vosotros!*

No se trata, pues, de inventar un nuevo programa. El programa ya existe. Es el de siempre, recogido por el Evangelio y la Tradición viva. Se centra, en definitiva, en Cristo mismo, al que hay que conocer, amar e imitar, para vivir en él la vida trinitaria y transformar con él la historia hasta su perfeccionamiento en la Jerusalén celeste. Es un programa que no cambia al variar los tiempos y las culturas, aunque tiene cuenta del tiempo y de la cultura para un verdadero diálogo y una comunicación eficaz.” (Bto. Juan Pablo II, NMI 29)

“Jesucristo, del mismo modo que se unió a los discípulos en el camino de Emaús, camina también con nosotros según su promesa: «Yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo». Aunque de modo diferente a los Apóstoles, también nosotros tenemos una experiencia auténtica y personal de la presencia del Señor resucitado. Se supera la distancia de los siglos, y el Resucitado se ofrece vivo y operante por medio de nosotros en el hoy de la Iglesia y del mundo. Ésta es nuestra gran alegría. En el caudal vivo de la Tradición de la Iglesia, Cristo no está a dos mil años de distancia, sino que está realmente presente entre nosotros y nos da la Verdad, nos da la Luz que nos hace vivir y encontrar el camino hacia el futuro.

Está presente en su Palabra, en la asamblea del Pueblo de Dios con sus Pastores y, de modo eminente, Jesús está con nosotros aquí en el sacramento de su Cuerpo y de su Sangre...

Cristo está siempre con nosotros y camina siempre con su Iglesia, la acompaña y la protege, como Él nos dijo: «Yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo» (Mt 28,20). Nunca dudéis de su presencia. Buscad siempre al Señor Jesús, creced en la amistad con Él, recibidlo en la comunión. Aprended a escuchar y conocer su palabra y a reconocerlo también en los pobres.”

(Benedicto XVI, Homilía misa en Lisboa, 11-05-2010)

Aquí empieza nuestra aportación a los enormes desafíos que se nos plantean: que nosotros no solucionamos nada. Solos no podemos hacer nada. Mientras no reconozca esto, mi nada, y la acepte con amor no podré experimentar a Cristo como Salvador. Él sí que puede hacer. Toda mi vida espiritual me debe conducir a esto: puedo muy poco. Mejor dicho: nada. Y Cristo lo puede todo. Esta es la verdad.

Y cuando soy consciente de esto, y lo acepto como verdad de mi vida, estoy en disposición de no meter la pata con “mis protagonismos”, “mis ideas”, “mis prisas”, “mi impaciencia”. Esto es lo que estorba: mi ego, lo mío.

Cuando veo por convencimiento de que “lo mío” es nada, en ese momento, ofréceselo al Señor: “Aquí estoy Señor, me he dado cuenta de que no puedo nada. Que sin Ti estoy perdido. Toma mi vida y haz lo que tu creas más conveniente con ella.”

Y entonces ocurre el milagro:

“Dios construye sobre la nada. Por su muerte, Jesús ha salvado al mundo; sobre la nada de los apóstoles ha fundado la Iglesia; por la santidad y la nada de los medios humanos se adquiere el cielo y se propaga la fe.” (Carlos de Foucauld, notas diarias, 1916)

El que salva es el Señor. Y Él está caminando con nosotros. Frente a estos desafíos históricos, sabemos que la respuesta es el encuentro con Cristo. Aprendamos de la historia. Antes, otros han querido responder a estos desafíos, como por ejemplo, el capitalismo y el marxismo. Y mirando el siglo XX y la situación actual del XXI, vemos que ambos han fracasado, porque son las dos caras de la misma moneda. Y por cierto, la moneda es falsa.

Con Cristo podemos realizar plenamente nuestro bien personal y el bien comunitario. Aprendamos de la historia: ahí están las vidas de los santos para demostrarlo.

Tenemos que aprender a ver a Cristo a nuestro lado y colaborar con Él siguiéndolo. Eso sólo se puede hacer si amo, si sirvo. “¿Cuándo te vimos Señor...? Cuando lo hicisteis con uno de estos mis hermanos más pequeños, a mi me lo hicisteis.” (Mt 40, 39-40) Es el amor el que me hace ver.

Dondequiera que haya un hambriento, un extranjero, un enfermo, un encarcelado, un desatendido (mirad cuántos jóvenes están en esta situación), alguien que sufre, allí está Cristo mismo que espera nuestra visita y nuestra ayuda.

Sólo a través de una vida que ama “como Él nos ama”, que sirve al que sufre, se puede experimentar la presencia de Cristo a nuestro lado.

Es el amor el que me hace ver a Jesús, porque es el amor el que lo hace presente en el mundo. “Donde hay amor allí está Dios”.

“Ves la Trinidad si ves el amor.” (S. Agustín)

“Tú que aún no ves a Dios, amando al prójimo podrás verlo. Amando a tu prójimo purificas tus ojos y así podrás ver a Dios. Ama a tu prójimo y mira dentro de ti la fuente de este amor.” (San Agustín)

“Donde hay amor allí está Dios”: es aquí donde radica nuestra aportación como cristianos, hacer presente a Dios porque sólo Jesús es el salvador del mundo. “No será una fórmula lo que nos salva, pero sí una Persona y la certeza que ella nos infunde: *¡Yo estoy con vosotros!*”

La salvación del mundo no es obra del hombre (de la ciencia, de la técnica, de la ideología). Es obra de Dios. “El hombre nunca puede ser redimido solamente desde el exterior. El hombre es redimido por el amor.” (Benedicto XVI; Spe Salvi, 25-26)

¡Es el amor lo que nos salva! Es sólo el amor el que revela y hace presente a Dios en el mundo.

Jesucristo es la salvación del mundo porque es el amor hecho carne, hecho realidad. Él es el que salva y no yo. Nosotros podemos estar al servicio de esa salvación, colaborar en ella. Como Iglesia y como MAC estamos llamados a ser corredores de Cristo en la salvación del mundo. Jesús actúa en nosotros y con nosotros. La corredención es uno de los puntos fuertes de nuestra espiritualidad.

Esto es lo más urgente: hacer presente a Dios, porque “sin mí no podéis hacer nada.” (Jn 15,5). Sin Dios el ser humano está perdido, no sabe dónde ir ni tampoco logra entender quién es. Esta es la raíz de todos los males.

Tenemos necesidad de Dios, o ¿acaso las cosas van bien sin Él? Cualquier telediario es una buena prueba de ello.

Hay que hacer presente a Dios pero no un Dios cualquiera, sino el manifestado en Jesucristo. Un Dios que es amor.

Es voluntad de Dios, cuyo rostro contemplamos en Jesús, hacerse presente en el mundo para salvarlo (y no condenarlo) a través de nosotros. Nuestra Madre, la Virgen María es un buen ejemplo de esto.

Por lo tanto, llegamos a una primera conclusión importante: Dios es nuestra primera necesidad. Para hacerlo presente tengo que aprender a amar “como Yo os he amado”, al estilo de Dios, como hace Jesús porque “quien permanece en el amor permanece en Dios y Dios en él” (1 Jn 4, 16).

Hacer presente a Cristo con el gesto del amor, que es la verdadera expresión de su presencia y de su palabra. El amor nos convierte en signo de la acción de Dios en el mundo. La caridad, el servicio, nos transforma en “buena noticia” para los demás.

¡No hay otro camino de progreso mayor que el amor al prójimo! Esto es lo que nos enseña Jesús y es lo que tenemos que hacer nosotros. No nos dejemos llevar por las malas noticias.

¡Sí, hay progreso en la historia!

“Progreso es todo lo que nos acerca a Cristo y así nos acerca al verdadero humanismo.” (Benedicto XVI)

El verdadero progreso se realiza únicamente haciendo el camino de Jesús, siguiendo su orientación. El corazón del progreso es el progreso del amor. Y el corazón del amor es la cruz, el perderse con Jesús.

Recordemos la cita anterior del Bto. Juan Pablo II: “No se trata, pues, de inventar un nuevo programa. El programa ya existe. Es el de siempre, recogido por el Evangelio y la Tradición viva. Se centra, en definitiva, en Cristo mismo, al que hay que conocer, amar e imitar, para vivir en él la vida trinitaria y transformar con él la historia hasta su perfeccionamiento en la Jerusalén celeste. Es un programa que no cambia al variar los tiempos y las culturas, aunque tiene cuenta del tiempo y de la cultura para un verdadero diálogo y una comunicación eficaz.”

“La salvación estará siempre en el Evangelio. Es el Evangelio lo que cuenta.” (Carlos Carretto)

Esta es nuestra respuesta como cristianos. Así colaboramos con Cristo en la salvación del mundo. Esta es nuestra revolución. Esta es nuestra aportación para que el mundo cambie. Esta es la invitación que nos hace el LeMAC de este año.

Ahora más que nunca no podemos tirar la toalla. No podemos dejarnos llevar por el pesimismo y la desesperanza ambiental. No podemos dejar el mundo correr porque nos estrellamos. Este es el momento de hacer de la prioridad de Dios nuestro estilo de vida, tal y como pide el evangelio: “Buscad primero el reino de Dios y todo lo que tiene que ver con Él, y lo demás se os dará por añadidura.” (Mt 6, 33)

Esto conlleva a permanecer en el amor.

Ahora más que nunca tenemos que perseverar en la caridad: por el bien de nuestras familias, hijos, hermanos en la fe, la Iglesia, nuestros barrios. Estamos llamados a construir la civilización del amor, la cultura de la caridad, pasar de la “ley del más fuerte” (la ley de la selva, la ley de los animales) a la ley del amor (de la ocupación y preocupación por el otro), renovar la ciudad de los hombres hasta transformarla en la ciudad de Dios (= Amor).

Así que empecemos por el principio. Para vivir el amor necesito a Dios, porque “el amor procede de Dios.” (1 Jn 4, 7) Que no se nos olvide: Dios es, y será siempre, nuestra primera necesidad. ¿Entendemos ahora por qué?

## **PARA LA ORACIÓN Y MEDITACIÓN**

“Lo único que cuenta en la vida es el amor; lo único que permanece de todo lo que hemos dicho y hecho, pensado y programado, es el amor. Y el amor siempre es grande; aunque se manifieste en gestos pequeños como un vaso de agua, un pedazo de pan, una visita, una palabra de consuelo, una mano que se estrecha. El amor es grande porque es un destello de Dios que ilumina y salva la tierra.” (Vincenzo Paglia)

“El amor tiene sus destellos y es el mayor signo que podemos dar a un mundo en el que se instala la increencia. El amor es ya signo de la presencia de Dios. Con ese solo gesto basta. No son necesarios más signos. La gente suele pedirlos, está hambrienta de signos extravagantes que doblen el curso de la naturaleza. El signo de la presencia de Dios es la conversión diaria, el amor hecho carne en los más pobres, los gestos sencillos en nuestro quehacer diario, la alegría, la entrega. No hay más signo que el talante cristiano en la oficina, en el aula, en la familia, con los amigos, en el grupo, en cualquier momento y circunstancia. El mejor signo que podemos dar a esta sociedad que pide que le demostremos la existencia de Dios como fuente de nuestra felicidad es el de una vida entregada, atenta a los necesitados y siempre vivida en honestidad y responsabilidad. Éste es el signo que moverá a la conversión.” (Comentario al evangelio del día)

“El amor (*caritas*) siempre será necesario, incluso en la sociedad más justa. No hay orden estatal, por justo que sea, que haga superfluo el servicio del amor. Quien intenta desentenderse del amor se dispone a desentenderse del hombre en cuanto hombre. Siempre habrá sufrimiento que necesite consuelo y ayuda. Siempre habrá soledad. Siempre se darán también situaciones de necesidad material en las que es indispensable una ayuda que muestre un amor concreto al prójimo.”  
(Benedicto XVI; *Deus caritas est*, 28)

## **1.- “Dios es amor, y quien permanece en el amor permanece en Dios y Dios en él” (1 Jn 4, 16).**

¿Se puede decir algo más grande del amor que lo que se dice en esta cita? ¿Se puede decir algo más bonito de Dios?

Dios es amor y Cristo, crucificado y resucitado, es la revelación suprema de esta verdad.

Aquí está la clave de la vida, porque Dios al crearnos, nos hizo “a su imagen y semejanza.” (Gn 1, 20) Es decir, hemos sido creados por amor y para amar.

El amor es lo que hace de la persona humana la auténtica imagen de Dios. Para esto hemos sido creados, para imitar a Dios. A esto nos llama el Evangelio: a imitar a Dios, a parecernos a Él (semejanza), a ser su imagen.

“Vosotros sed perfectos, como vuestro Padre celestial es perfecto.” (Mt 5, 48) Si a alguno no le queda claro qué es eso de la perfección, S. Lucas lo aclara: “Sed misericordiosos como vuestro Padre es misericordioso.” (Lc 6, 36) Y S. Pablo remata la faena: “Por encima de todo, revestíos del amor que es el vínculo de la perfección.” (Col 3, 14)

Fijaros que Pablo dice: “por encima de todo.” Hay una escala de valores. La vida nos muestra infinidad de caminos, muchas ofertas, muchas invitaciones, mucha información, mucho entretenimiento, distracciones, lucecitas, anuncios, etc. Todo esto puede crear confusión: De todo lo que se me ofrece hoy en día, ¿qué es verdadero y qué es falso? ¿Sobre qué fundamentar la vida? ¿Hay algún referente válido? ¿Por dónde tirar? ¿Cuál es el camino correcto? ¿Cuál me lleva a la vida verdadera? ¿Qué orientación es la justa para no desperdiciar mi vida y poder construir un mundo más humano?

Y aquí aparece la enorme y valiosísima aportación del evangelio: nuestro encuentro con Cristo ha hecho posible que conozcamos y creamos en el amor que Dios nos tiene (cf. 1 Jn 4, 16). Aquí está la verdad. Y gracias a esta experiencia sabemos cuál es el camino correcto de la vida, “un camino que los supera a todos... el amor.” (1 Cor 12, 31.13, 4)

Para el ser humano “la vida está privada de sentido si no se le revela el amor, si no se encuentra con el amor, si no lo experimenta y lo hace propio, si no participa en él vivamente.” (Juan Pablo II; *Redemptor hominis*, 10)

El hombre ha sido creado para el infinito. Todo lo finito es demasiado poco. Eso nos lo demuestra, por poner un ejemplo, el estado de la juventud actual. Tienen de todo y sin embargo están desmotivados, se aburren.

Somos seres limitados con un dinamismo ilimitado. Ese dinamismo es el amor. Lo hemos dicho antes: hemos sido creados por amor y para amar.

La auténtica realización del hombre y su verdadera alegría no se encuentran en el poder, en el éxito, en el dinero, en estar rodeados de cacharritos, en tener muchos botoncitos (o pantallas táctiles) que apretar, sino sólo en Dios, que Jesucristo nos permite conocer y nos hace cercano.



Dios es la plenitud del ser humano. De ahí que, sólo el amor, lo realiza por completo.

Por eso, fracasar en el amor, fracasar en la convivencia, en negarme a servir, en buscar una vida fácil y cómoda, es fracasar como persona. “Si no tengo amor no soy nada.” (1 Cor 13, 2) Podríamos también decir: no soy nadie.

Y no sólo esto. Imitar a Dios, vivir en el amor, nos hace participar en la liberación de los pobres, en cambiar la realidad: “Imitad la equidad de Dios y no habrá pobres.” (S. Gregorio Nacianceno)

“Sed, pues, imitadores de Dios como hijos suyos muy queridos. Y haced del amor la norma de vuestra vida, a imitación de Cristo.” (Ef 5, 1-2)

Imitemos al Señor: esta es nuestra respuesta a los enormes desafíos que nos toca vivir. Fijaros lo que nos jugamos en todo esto.

### **PARA LA ORACIÓN PERSONAL Y COMUNITARIA**

“Dios es amor, y quien permanece en el amor permanece en Dios y Dios en él” (1 Jn 4, 16).

“Estas palabras de la *Primera carta de Juan* expresan con claridad meridiana el corazón de la fe cristiana: la imagen cristiana de Dios y también la consiguiente imagen del hombre y de su camino.” (Benedicto XVI; Deus caritas est, 1)

“El camino privilegiado para conocer a Dios es el amor, y de que no se puede conocer de verdad a Cristo sin enamorarse de él.”

(Benedicto XVI; Audiencia General 02-05-2007)

## **2.- ¿Qué es el amor?**

Estamos hablando mucho del amor (y lo que nos queda). Pasemos ahora a definir qué es.

La palabra ‘amor’ está hoy tan estropeada, desgastada y se abusa tanto de ella, que casi da miedo pronunciarla. Y sin embargo, es una palabra primordial, expresión de una realidad fundamental; no podemos abandonarla: debemos retomarla, purificarla y devolverle su brillo original, para que pueda iluminar nuestra vida y llevarla por el camino correcto.

Para ver qué es el amor no vamos a mirar en el diccionario sino en la Palabra de Dios, ya que, para nosotros que somos cristianos, el amor no es un concepto abstracto o una definición, sino el modo de ser de Dios. Y desde la encarnación de Jesucristo el amor pasa a ser una Persona de carne y hueso. “Ha aparecido la bondad de Dios y su amor al hombre.” (Tt 3,4) Esto se cumple en Jesús. Él es la personificación del amor de Dios. ¿Nos damos cuenta de lo que significa esto?

Dejemos que la Palabra viva de Dios nos guíe.

“En esto hemos conocido lo que es el amor: en que él ha dado su vida por nosotros.” (1 Jn 3, 16) Mirando a Cristo sabemos qué es el amor.

“Nadie tiene amor más grande que quien da la vida por sus amigos.” (Jn 15, 13)

“Dios ha manifestado el amor que nos tiene enviando al mundo a su Hijo único, para que vivamos por él.” (1 Jn 4, 9)

“Tanto amó Dios al mundo que entregó a su Hijo único, para que todo el que crea en él no perezca, sino que tenga vida eterna.” (Jn 3, 16)

“El amor no consiste en que nosotros hayamos amado a Dios, sino que él nos amó a nosotros, y envió a su Hijo para librarnos de nuestros pecados.” (1 Jn 4, 10)

“¿Qué más podemos añadir?... Dios, que no se reservó a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos dará todo con él?” (Rm 8, 31-32). Dios se da a sí mismo en el Hijo ¡y así nos lo da todo!

La cosa está clara. Fijaros las palabras que se repiten: “dar”, “entrega”, “vida”. Y lo dice en el sentido de no dar “algo” sino de “darse”. Dar la vida. Se da una Persona (¡y qué Persona!). Dios ha sido el primero en dar un testimonio sorprendente de su amor. No ha donado cualquier cosa. A través de su Hijo, Jesús, Él se ha donado a sí mismo.

Así es como Cristo ama. Ese es su estilo, el estilo de Dios. Ese es su “como Yo os he amado”. Donde mejor podemos ver esto es en la Eucaristía, donde Cristo se nos da por completo.

“Este es mi cuerpo que se entrega por vosotros.”

“Esta es mi sangre que será derramada por vosotros.”

El cristianismo es ante todo don: Dios se da a nosotros; no da algo, se da a sí mismo. Y eso no sólo tiene lugar al inicio, en el momento de nuestra conversión. Dios sigue siendo siempre el que da. Nos ofrece continuamente sus dones. Nos precede siempre. Por eso, el acto central del ser cristianos es la Eucaristía: darle las gracias al Señor por haber recibido sus dones, la alegría por la vida nueva que él nos da.

En nuestra vida todo es don de su amor, todo es gracia. De todo esto sacamos una conclusión importante para nosotros:

El amor es entregarse a sí mismo, y por eso es el camino de la verdadera vida, simbolizada por la cruz. El símbolo del Mac, la cruz y el corazón, lo expresa muy bien.

El ser humano sólo logra ser él mismo en la entrega de sí mismo, y sólo abriéndose al otro, a los otros, a los hijos, a la familia.

“La vida no se tiene para guardarla para uno mismo, se tiene para entregarla.” (Papa Francisco; Audiencia general, 24-04-2013) Acordémonos de la parábola de los talentos y del episodio evangélico de la viuda que, en su miseria, echa en el tesoro del templo “todo lo que tenía para vivir” (Mc 12,44). Su pequeña e insignificante moneda se convierte en un símbolo para nosotros: esta viuda no da a Dios lo que le sobra, no da lo que posee, sino lo que es: toda su persona.

“Los que no pueden dar un poco de sí mismo, siempre dan muy poco; de hecho, a veces se intenta reemplazar el corazón y el compromiso de donarse, a través del dinero, con cosas que son materiales. La Encarnación significa que Dios no lo ha hecho de este modo: no ha donado cualquier cosa, sino que se entregó a sí mismo en su Hijo. Aquí encontramos el modelo de nuestro dar, porque nuestras relaciones, sobre todo las más importantes, son impulsadas por el don gratuito del amor.” (Benedicto XVI; Audiencia general, 09-01-2013)

Estamos llamados a vivir el mandamiento del Señor: “Mi mandamiento es éste: Amaos los unos a los otros, como yo os he amado.” (Jn 15, 12)

La grandeza de la vida cristiana consiste en amar "como" lo hace Dios; se trata de un amor que se manifiesta en el don total de sí mismo.

Siguiendo al Señor estamos llamados a nuestra entrega personal, a la donación de nuestra vida.

Evidentemente esto requiere conversión. Hace falta una mística y una ascética. Aquí Teresita de Lisieux es una buena ayuda. Para ella lo primero es reconocer que no sabemos amar. No amamos “como yo os he amado”. Amamos a nuestra manera. Pero eso no es lo que viene en el evangelio. La caridad evangélica pide no encerrarse en sí mismos, sino de interesarse por los demás.

Es la lógica del don, una lógica poco valorada en una sociedad en lo que todo es mercado: comprar y vender. El don, la gratuidad, choca en la mentalidad actual. Por eso la necesidad de conversión. Así es el evangelio: ir contracorriente, cambio de mentalidad, no ser del mundo aunque estemos en el mundo. Esta es la vida del cristiano: dar el propio tiempo, las propias habilidades y competencias, la propia profesionalidad; en una palabra, prestar atención al otro, sin esperar nada a cambio en este mundo. Al vivir así, no sólo se hace bien al otro, sino que también se descubre la felicidad verdadera, profunda, la que nunca acaba, según la lógica de Cristo, que se entregó totalmente a sí mismo. Este es nuestro testimonio. Esto es ser sal y luz del mundo.

Sí, aquí está la alegría de verdad. Pablo VI escribió: “En el mismo Dios, todo es alegría porque todo es un don” (Ex. ap. Gaudete in Domino, 9 mayo 1975).

Se cumplen las palabras de Jesús: “Hay mayor alegría en dar que en recibir.” (Hch 20, 35) Justo después del lavatorio de pies, nos dice también: “Os he dado ejemplo, para que vosotros hagáis lo que yo he hecho con vosotros... Sabiendo esto, seréis dichosos si lo ponéis en práctica.” (Jn 13, 15.17)

No existe otro camino para experimentar la alegría y el verdadero fruto del Amor: el camino de darse, entregarse, perderse para encontrarse.

### **PARA LA ORACIÓN PERSONAL Y COMUNITARIA**

“Nosotros hemos conocido y creído en el amor que Dios nos tiene.” (1 Jn 4, 16)

“Vivo creyendo en el Hijo de Dios que me amó y se entregó por mí.” (Gal 2, 20)

“En esto hemos conocido lo que es el amor: en que él ha dado su vida por nosotros También nosotros debemos dar la vida por nuestros hermanos.” (1 Jn 3, 16)

“Si todavía no te sientes en disposición de morir por tu hermano, disponte al menos a darle algo de lo que tienes. Que la caridad comience ya a conmover tus entrañas.” (San Agustín, Sobre la Epístola de san Juan, 5, 12)

Quedémonos con la palabra: “disponte al menos.”

Dar la vida no sé, pero ¿puedo al menos dar de comer, dar de beber, visitar al enfermo o al preso, vestir al desnudo? (cfr. Mt 25, 31-46) ¿Puedo dar buenos consejos? ¿Puedo evangelizar?

¿Y soportaros unos a otros? “Soportaos los unos a los otros con amor.” (Ef 4, 2)

“La caridad perfecta consiste en soportar los defectos de los demás.” (Sta. Teresita de Lisieux; Ms C 12rº)

“Los que no pueden dar un poco de sí mismo, siempre dan muy poco.” (Benedicto XVI; Audiencia general, 09-01-2013)

“No busques qué dar... Date a ti mismo.” (S. Agustín)

“Quien no da a Dios da demasiado poco.” (LeMAC 2010)

### **3.- “El amor procede de Dios” (1 Jn 4,7)**

Acabamos de ver, que como cristianos, estamos llamados a amar a los demás como Cristo ama (cfr. Jn 15, 12).

Sinceramente, ese ‘como yo’, ¿está hecho para mí? ¿No sentimos nuestra impotencia ante el enorme reto? Digámoslo con toda claridad: es imposible que yo, por mi esfuerzo, llegue a amar y perdonar como Cristo, que perdonó a sus asesinos. Así de claro.

Sin embargo, Jesús nos pide en el mandamiento nuevo que amemos como Él.

¿No hay aquí una contradicción?

Pues no, no la hay. Pero, ¿si es imposible para nosotros?

“Jesús los miró y les dijo: ‘Para los hombres es imposible; pero no para Dios, porque todo es posible para Dios.’” (Mc 10, 26-27)

Cristo nos pone ante la verdad: Dios es Dios y nosotros somos lo que somos. Es bueno que sintamos nuestra limitación y nuestra dependencia hacia Dios, porque no somos dios. Es bueno que reconozcamos la verdad de nuestra condición de creaturas.

Por eso “el amor y la vida según el Evangelio no pueden proponerse ante todo bajo la categoría de precepto, porque lo que exigen supera las fuerzas del hombre. Sólo son posibles como fruto de un don de Dios, que sana, cura y transforma el corazón del hombre por medio de la gracia: ‘Porque la Ley fue dada por medio de Moisés; la gracia y la verdad nos han llegado por Jesucristo’ (Jn 1,17).” (Bto. Juan Pablo II; Veritatis Splendor, 23b)

“Imitar y revivir el amor de Cristo no es posible para el hombre con sus solas fuerzas. Se hace capaz de este amor sólo gracias a un don recibido.”(Bto. Juan Pablo II; Veritatis Splendor, 22c)

No seguimos a Jesucristo únicamente con nuestras propias fuerzas, sino que lo podemos seguir porque hemos recibido su modo de vivir: nos ha sido dado el Espíritu Santo, verdadero protagonista de todo esto, de toda nuestra vida.

“El amor procede de Dios.” (1 Jn 4,7) “El don de Cristo es su Espíritu, cuyo primer ‘fruto’ (Gál 5,22) es la caridad.” (Bto. Juan Pablo II; Veritatis Splendor, 22c)

“Al darnos el Espíritu Santo, Dios ha derramado su amor en nuestros corazones.” (Rom 5,5)

No aprendemos este tipo de amor solos o en la escuela “oficial”. El tipo de amor del que habla Jesús es un don de Dios; más aún, es Dios mismo que viene a habitar en nuestro corazón.

“Este amor se aprende sólo en la escuela de Dios, al calor de su caridad. Fijando nuestra mirada en él, sintonizándonos con su corazón de Padre, llegamos a ser capaces de mirar a nuestros hermanos con ojos nuevos, con una actitud de gratuidad y comunión, de generosidad y perdón.” (Bto. Juan Pablo II; Homilía 30-04-2000)

Aquí entra en juego la novedad del Nuevo Testamento y, por tanto, la cuestión sobre la ‘esencia del cristianismo’. Este es el secreto del cristiano: el mandamiento nuevo, “amar como yo os he amado”, es decir, en amar hasta estar dispuestos a sacrificar la propia vida por el otro no es una exigencia sino un regalo, un don. Es el Espíritu de Cristo el que lo hace realidad en nosotros. Es Cristo quien lo realiza en nosotros. El estilo de Jesús se convierte en el nuestro, porque Él mismo es quien actúa en nosotros.

En esto Teresita de Liseaux es de una ayuda enorme:

“Tú sabes bien que yo nunca podré amar a mis hermanas como tú las amas, si tú mismo, Jesús mío, no las amaras también en mí.

Hacer el bien es algo tan imposible sin la ayuda de Dios como hacer brillar el sol en plena noche.

Para amarte como tú me amas, necesito pedirte prestado tu propio amor.”

En la comunión con Jesús, lo imposible se hace posible. En la medida en que pertenezcamos a Jesús, se realizarán en nosotros sus mismas cualidades.

“Toma a Dios por esposo y amigo, con quien te andes de continuo y sabrás amar.” (S. Juan de la Cruz; Dichos de luz y amor, 67)

Por lo tanto, para poder amar necesitamos a Dios. Siempre necesitamos a Dios. Es el “artículo” de primera necesidad de nuestra vida. No podemos olvidarlo.

Sin amor no podemos vivir, se puede malvivir, ir tirando, pero eso ni es vida ni es nada. Eso no es lo que Dios quiere para nosotros. Sin amor somos unos desgraciados. De ahí que Cristo sea nuestro salvador, el que nos saca de esa situación de muerte que es el egoísmo, el odio, las rencillas, etc...

¿Queremos vivir el mandamiento de Jesús? Seamos mendigos delante del Señor. Es nuestra realidad más profunda. “¿Qué tienes que no hayas recibido?” (1 Cor 4,7)

Hay pedir, hay que suplicar. Con perseverancia. Sin cansarnos, porque “el amor procede de Dios.” Todo esto es una invitación a volvernos a Dios.

### **PARA LA ORACIÓN PERSONAL Y COMUNITARIA**

“Mi mandamiento es éste: Amaos los unos a los otros, como yo os he amado.” (Jn 15, 12)

Realmente, ¿quiero cumplir su mandamiento? ¿Quiero hacer su voluntad?

“Todo el fondo del problema consistía en esto: en dejar de querer lo que yo quería y en comenzar a querer lo que querías Tú.

Siempre que ores di: ‘Cúmplase, Señor, tu voluntad en mí; que no me oponga a ella; cúmplala yo, como le dan cumplimiento tus ángeles y tus santos.

Enséñame a cumplir tu voluntad.

Ayúdame a cumplir lo que mandas; dame tú mismo la gracia de cumplir lo que mandas. En ti encuentro lo que me mandas y que tanto deseo.

Dame lo que mandas y mándame lo que quieras.” (San Agustín)

## **4.- Lo primero que hay que hacer para amar: volverse a Dios**

Por desgracia, cada día nosotros experimentamos el mal, que se manifiesta de muchas maneras en las relaciones y en los acontecimientos.

La Palabra de Dios nos revela que en el origen de todo mal se encuentra la desobediencia a la voluntad de Dios porque la libertad humana ha cedido a la tentación del Maligno. Esto se ve perfectamente en el libro del Génesis.

La Biblia es clara: el pecado es la raíz de todo mal. Y el pecado habita en el corazón del ser humano.

“Porque es de dentro, del corazón de los hombres, de donde salen los malos pensamientos, fornicaciones, robos, homicidios, avaricias, maldades, engaño, libertinaje, envidia, injuria, soberbia, insensatez. Todos estas maldades salen de dentro, y manchan al hombre.” (Mc 7, 21-23)

La clave de los males del mundo está en el corazón de cada uno y de allí se extiende e influye en las costumbres personales, las relaciones humanas y las condiciones sociales.

“Los desequilibrios que aquejan al mundo de hoy están estrechamente relacionados con aquel otro desequilibrio, más fundamental, que tiene sus raíces en el corazón del hombre.”  
(Con. Vaticano II; *Gaudium et spes*, 10)

Todo el mal del mundo tiene su origen en la conciencia humana. Esta es una convicción cristiana. Los demás males del mundo proceden de allí. Cuando analizamos el deterioro de la vida social, del entendimiento entre las personas y los pueblos, de la violencia y la injusticia, en el fondo tropezamos con el pecado.

Llegamos a una conclusión importante: la raíz de todos los problemas es el mal uso de nuestra libertad. Es el pecado, la falta de amor.

“El mal no es una fuerza anónima que actúa en el mundo de modo impersonal o determinista. El mal, el demonio, pasa por la libertad humana, por el uso de nuestra libertad. Busca un aliado, el hombre. El mal necesita de él para desarrollarse. Así, habiendo trasgredido el primer mandamiento, el amor de Dios, trata de pervertir el segundo, el amor al prójimo. Con él, el amor al prójimo desaparece en beneficio de la mentira y la envidia, del odio y la muerte. Pero es posible no dejarse vencer por el mal y vencer el mal con el bien (cf. *Rm* 12,21). Estamos llamados a esta conversión del corazón. Sin ella, las tan deseadas “liberaciones” humanas defraudan, puesto que se mueven en el reducido espacio que concede la estrechez del espíritu humano, su dureza, sus intolerancias, sus favoritismos, sus deseos de revancha y sus pulsiones de muerte. Se necesita la transformación profunda del espíritu y el corazón para encontrar una verdadera clarividencia e imparcialidad, el sentido profundo de la justicia y el del bien común. Una mirada nueva y más libre hará que sea posible analizar y poner en cuestión los sistemas humanos que llevan a un callejón sin salida, con la finalidad de avanzar, teniendo en cuenta el pasado, con sus efectos devastadores, para no volver a repetirlo. Esta conversión que se requiere es exaltante, pues abre nuevas posibilidades, al despertar los innumerables recursos que anidan en el corazón de tantos hombres y mujeres deseosos de vivir en paz y dispuestos a comprometerse por ella. Pero es particularmente exigente: hay que decir no a la venganza, hay que reconocer las propias culpas, aceptar las disculpas sin exigir las y, en fin, perdonar. Puesto que sólo el perdón ofrecido y recibido pone los fundamentos estables de la reconciliación y la paz para todos (cf. *Rm* 12,16b.18).” (Benedicto XVI; Discurso 15-09-2012)

La libertad nos da la posibilidad de elegir entre el bien y el mal. Lo sepamos o no, en nuestro interior se libra siempre una batalla.

“Mira, hoy pongo ante ti vida y felicidad, muerte y desgracia. Si escuchas los mandamientos del Señor tu Dios que yo te prescribo hoy, amando al Señor tu Dios, siguiendo sus caminos y observando sus mandamientos, sus leyes y sus preceptos, vivirás y serás fecundo, y el Señor tu Dios te bendecirá en la tierra a la que vas a entrar para tomar posesión de ella.” (Dt 30, 15-16)

De ahí el sentido y la posibilidad que tenemos de convertirnos: podemos elegir. Dentro de nosotros está el mal pero también el bien. Y no a partes iguales. Hay pecado pero sobreabunda más la gracia de Dios (cf. *Rm* 5, 20).

¿Qué vamos a elegir? ¿En qué vamos a emplear nuestros esfuerzos?

“Del hombre bueno, como atesora bondad, salen cosas buenas; en cambio, del hombre malo, como atesora maldad, salen cosas malas.” (Mt 12, 35)

“Es un hecho que de lo profundo de nosotros mismos nacen nuestras acciones: es el corazón el que debe convertirse a Dios, y el Espíritu Santo lo transforma si nosotros nos abrimos a Él.” (Papa Francisco; Audiencia general, 15-05-2013)

Ese debe ser mi esfuerzo, mi trabajo: atesorar cosas buenas. Y para “cosa buena” el Espíritu Santo (cf. Lc 11, 13).

¿Me preocupo de guardar cosas buenas en mi corazón? ¿Cómo?

Visto lo visto queda claro que la cuestión está en el corazón. Es el punto crítico. De ahí la necesidad de conversión. Cuando pecamos participamos en el rechazo de Cristo. Lo que sucedió en la cruz es la imagen de todos los pecados de los hombres, de todos los rechazos. “Vino a los suyos y los suyos no le recibieron.” (Jn 1, 11)

Hay que reparar los daños del pecado. Pero la reparación requiere seguir el orden inverso del pecado. En primer lugar, es necesario recuperar la unión con Dios. “La miseria del hombre consiste en haber traicionado a Dios. Ninguna injusticia humana será de verdad reparada hasta que no se repare esta injusticia con Dios. Nos acusamos unos a otros, y todos somos culpables. Y los más culpables somos nosotros, los cristianos mediocres.

Ciertamente, hay necesidades materiales que debemos satisfacer hoy, pues hay miserias corporales que no pueden demorarse ni una hora más. Mi intención no es tanto la de atenuar el sentimiento de su urgencia cuanto demostrar que su existencia proviene de nuestro abandono de Dios y que su curación se derivará infaliblemente de nuestro retorno a Dios.” (M. Zundel)

Recuperemos la vida con Dios. Fortalezcámosla. Profundicemos en ella. Esta es la raíz de todo bien. Esto es ser radical (“ir a la raíz”) con Dios.

Detrás de cada estructura están las personas que aceptan sus principios. Es decir, que detrás de cualquier estructura del mal hay pecados personales.

“Es el pecado personal el que se encuentra realmente en los cimientos de las estructuras sociales injustas. Es preciso trabajar sobre las raíces, no sobre el tronco o sobre las ramas, del árbol de la injusticia si se quiere verdaderamente conseguir una sociedad más humana.” (Joseph Ratzinger)

¿Quién puede curar el corazón herido por el pecado? Sólo Dios. “Él sana a los que tienen roto el corazón, y les venda las heridas” (Salmos 147, 3)

Volver a Dios: he ahí el remedio. Para ello “volvamos al Evangelio. Si no vivimos el Evangelio, Jesús no vive en nosotros. Volvamos a la pobreza y sencillez cristianas... El peligro está en nosotros y no en nuestros enemigos. Nuestros enemigos no pueden proporcionarnos más que victorias. El daño sólo podemos recibirlo de nosotros mismos. Volver al Evangelio es el remedio.” (Carlos de Foucauld; Carta al P. Caron, Tamanrasset 11-06-1909)

Volvámonos a Cristo, es el remedio. No dejemos de mirarlo. Para que así, de tanto mirar al Maestro terminemos pareciéndonos a Él, pensando como Él, diciendo lo que hemos aprendido de Él, haciendo lo que Él hace. En definitiva, convirtiéndome en otro Cristo (“ya no vivo yo es Cristo quien vive en mí” (Gal 2, 20)). Y así Dios se hace presente, la Palabra se hace carne y hueso, la caridad es una realidad en mi vida. He aquí la salvación del mundo.

He aquí nuestra gran aportación como cristianos, como Iglesia. Lo primero en el amor: conversión, es decir, volverse a Dios, reparar la primera injusticia que es con Dios. Todo cambia cuando un hombre se vuelve a Dios.

“Lo primero que tenemos que hacer para ser útiles a las almas es trabajar con todas nuestras fuerzas y de modo continuado en nuestra conversión personal.” (Carlos de Foucauld, Al hilo de los días, 247)

Solamente a través de la conversión de los corazones, solamente por un cambio en lo íntimo del hombre se puede superar la causa de todo este mal, se puede vencer el poder del maligno. Sólo si los hombres cambian, cambia el mundo y, para cambiar, los hombres necesitan la luz que viene de Dios. Y esa luz es el inmenso amor que Dios nos tiene.

La verdadera transformación del mundo, no puede surgir más que de un corazón nuevo, de un corazón vigilante, de un corazón abierto a la verdad y el amor.

El cambio impulsado por el Evangelio arranca del interior del hombre (de su corazón) y consiste esencialmente en la acogida en el fondo del corazón humano del Espíritu Santo. Es Él el que nos cambia, el que nos va modelando, haciendo que nos parezcamos a Cristo, a Dios.

Pidámosle al Señor como el salmista: “Crea en mí, oh Dios, un corazón limpio.” (Sal 51, 12) Qué jaculatoria tan bonita, tan realista, tan necesaria. Hagámosla nuestra. Recitémosla a cualquier hora del día, en cualquier sitio.

Recémosla con alegría porque será feliz la persona que empieza actuar con el corazón limpio. (cf. Mt 5, 8)

Recémosla desde la confianza en la Palabra del Señor: “Os daré un corazón nuevo y os infundiré un espíritu nuevo; os arrancaré el corazón de piedra y os daré un corazón de carne. Infundiré mi espíritu en vosotros y haré que viváis según mis mandamientos.” (Ez 36, 26-27)

Todo esto es obra del Espíritu Santo. “Al darnos el Espíritu Santo, Dios ha derramado su amor en nuestros corazones.” (Rom 5, 5) Y sólo el amor de Dios puede cambiar desde dentro la existencia del hombre y, en consecuencia, de toda sociedad, porque sólo su amor infinito lo libra del pecado, que es la raíz de todo mal.

En definitiva: el mal se vence con el amor, con el bien.

“Habéis oído que se dijo: ojo por ojo y diente por diente. Pero yo os digo que no hagáis frente al que os hace mal.” (Mt 5, 38-39) “No te dejes vencer por el mal; antes bien, vence al mal a fuerza de bien.” (Rom 12, 21)

El amor lo transforma todo.

El amor lo responde y soluciona todo.

El amor lo puede todo.

He ahí el verdadero rostro de Dios.

Estamos llamados a transformarnos para poder transformar. La mejor imagen que tenemos de todo esto es lo que Cristo hace, con la fuerza del Espíritu Santo, en la Eucaristía. En ella se transforma los dones de esta tierra (el pan y el vino) con el fin de transformar nuestra vida e inaugurar así la transformación del mundo. El Espíritu Santo, que transforma el pan y el vino en el Cuerpo y Sangre de Cristo, transforma también a cuantos lo reciben con fe en miembros del cuerpo de Cristo, para que la Iglesia sea realmente “sacramento universal de salvación”.

Cristo, nuestro modelo, no ha vencido el mal con otro mal, sino tomándolo sobre sí y aniquilándolo en la cruz mediante el amor vivido hasta el extremo. “Es como si Cristo hubiera querido revelar que el límite impuesto al mal, cuyo causante y víctima resulta ser el hombre, es en definitiva, la Divina misericordia.” (Bto. Juan Pablo II; Memoria e identidad, 73) “El límite impuesto al mal por el bien divino se ha incorporado a la historia del hombre por medio de Cristo.” (Bto. Juan Pablo II; Memoria e identidad, 30)

Jesús de Nazaret es el hombre nuevo que quiere vivir como hijo de Dios, es decir en el amor; el hombre que, de cara al mal en el mundo, elige el camino de la humildad y de la responsabilidad, decide no



salvarse a sí mismo, sino dar la vida por la verdad y la justicia. Ser cristiano es vivir así, pero este tipo de vida implica un renacer: renacer de lo alto, de Dios, por la gracia (cf. Jn 3, 3)  
Este renacimiento es el bautismo, que Cristo ha dado a la Iglesia para que podamos nacer a una vida nueva.

Sólo un hombre nuevo y una mujer nueva hacen posible un mundo nuevo. Descubrir de verdad el perdón y la misericordia de Dios, permite recomenzar siempre una nueva vida. No es fácil perdonar. Pero el perdón de Dios da la fuerza de la conversión y la alegría de perdonar. El perdón y la reconciliación son caminos de paz, y abren un futuro.

“Sois elegidos de Dios, pueblo suyo y objeto de su amor; revestíos, pues, de sentimientos de compasión, de bondad, de humildad, de mansedumbre y de paciencia. Soportaos mutuamente y perdonaos cuando alguno tenga motivos de queja contra otro. Del mismo modo que el Señor os perdonó, perdonaos también vosotros.” (Col 3, 12-13)

Conversión, perdón, paciencia, misericordia, humildad, servicio, diálogo y argumentación racional, búsqueda del último puesto, destalles, comprensión, escucha, generosidad, la cruz... son nuestras armas para enfrentarnos al mal.

¿Y de dónde saco yo todas estas “armas? Lo hemos dicho unas cuantas de veces: “Los frutos del Espíritu son: amor, alegría, paz, tolerancia, amabilidad, bondad, fe, mansedumbre, y dominio de sí mismo.” (Gal 5, 22)

Otra vez el Espíritu Santo. Otra vez Dios. Total dependencia de Él. Hay que ponerse en marcha. La vida de piedad es un camino. Aprender a amar, como Cristo ama, es una peregrinación que dura toda la vida. Amar es un camino, es un éxodo. Salir de mi ego para ir a la caridad. Salir de mi yo para ir a Dios.

### **PARA LA ORACIÓN PERSONAL Y COMUNITARIA**

“Convertíos y creed en el evangelio.” (Mc 1, 15)

“No te dejes vencer por el mal. Antes bien, vence al mal con el bien.” (Rom 12, 21)

Vigila: empieza por tu corazón...

“Es el corazón lo que Jesús quiere, allí es donde busca los verdaderos adoradores. No cuentan las cosas ni los comportamientos externos; cuenta el corazón.” (Vincenzo Paglia)

“Esto es lo que le interesa a Dios... lo que quiere es reinar en el corazón de las personas y desde allí en el mundo: él es rey de todo el universo, pero el punto crítico, la zona donde su reino corre peligro, es nuestro corazón, porque en él Dios se encuentra con nuestra libertad. Nosotros, y sólo nosotros, podemos impedirle reinar en nosotros mismos y, por tanto, podemos poner obstáculos a su realeza en el mundo: en la familia, en la sociedad y en la historia. Nosotros, hombres y mujeres, tenemos la posibilidad de elegir con quién queremos aliarnos: con Cristo y con sus ángeles, o con el diablo y con sus seguidores. A nosotros corresponde la decisión de practicar la justicia o la iniquidad, abrazar el amor y el perdón o la venganza y el odio homicida. De esto depende nuestra salvación personal, pero también la salvación del mundo.” (Benedicto XVI; 22-11-08)

“Un alma hace bien, no en la medida de su ciencia o inteligencia, sino en la medida de su santidad.”  
(Carlos de Foucauld, Escritos Espirituales 183)

¿Qué es lo que hay en mi interior, en mi corazón? Mira de que hablas normalmente, “porque la boca dice lo que brota del corazón.” (Mt 12, 24)

## **5.- “Porque de la abundancia del corazón habla la boca.” (Lc 6, 43-45)**

Todos queremos llevarnos bien entre nosotros. Todos queremos que haya “buen rollo”. Todos queremos que haya justicia, que haya solidaridad, generosidad, paciencia entre unos y otros. Que haya comprensión. Esto está claro. Pero la realidad es bien distinta. Ahí están los telediarios para recordárnoslos: corrupción, violencia, terrorismo, paro, destrucción de la familia, etc

¿Por qué ocurre entonces esto? ¿Por qué no pueden ser las cosas diferentes?

Si queremos que haya paz hacen falta hombres y mujeres de paz. Por arte de magia no surge la paz. Si queremos que haya justicia hacen falta hombres y mujeres justos. Las varitas mágicas sólo están en los cuentos y películas.

Si queremos que haya solidaridad, generosidad, comprensión, etc, necesitamos hombres y mujeres solidarios, generosos, comprensivos, etc.

Si queremos construir la civilización del amor, hacen falta hombre y mujeres que amen.

¿Queremos de verdad que las cosas cambien a mejor?

Pues ya sabemos lo que tenemos que hacer y por dónde empezar. Lo hemos visto en el apartado anterior. La Palabra de Dios es clara al respecto. Como ejemplo tenemos el sermón de la montaña que podríamos resumir en que toda verdadera renovación del mundo empieza por el corazón de la persona.

El cambio empieza en mí: “Se tú el cambio que quieres ver en el mundo.” (Mahatma Gandhi)

Una persona con prejuicios no puede construir la paz por mucho que hable de ella.

Una persona crítica no puede crear buen ambiente por donde pasa, no puede construir un mundo mejor.

Una persona que sólo busca su interés personal no puede construir nada positivo.

¿Queremos que sea el amor, el servicio, la búsqueda del bien común, los que marquen nuestras relaciones con los demás?

Pues no mires al de enfrente. No señales al otro. No busques culpables. Señálate a ti mismo. Yo soy el que tengo que dar el paso.

“Haz de mí Señor, un instrumento de tu paz.”

Quédate con el detalle: “haz de mí Señor...” No dice “haz del otro”, “haz al de enfrente”, “haz a fulanito”. No, no dice eso. La oración es: “haz de mí...” A mí y no a mi vecino, a mi hermano de comunidad, a mi cura, al obispo, al Papa. No, es a mí al que has de hacer un instrumento de tu paz.

“Que donde haya odio, lleve yo tu amor.” Que lleve “yo”, no el otro, sino “yo” lleve tu amor.

“No hay mayor invitación a amar que adelantarse en el amor.’ ¡Así nos ha enseñado Dios a amar!” (S. Agustín, De catechizandis rudibus 4)

“Donde no hay amor, ponga amor, y sacará amor.” (S. Juan de la Cruz; carta a María de la Encarnación, 06-07-1591)

“Amor saca amor.” (Santa Teresa de Jesús; Vida 22, 14)

Aquí está la clave. Si no pongo amor, ¿cómo espero que haya amor en el mundo?

Debo cuidarme de tal manera que en mí se dé un afecto cariñoso, de respeto y con ganas de servir a todos. S. Juan de la Cruz nos decía que viviéramos con “advertencia amorosa a Dios” (Llama de amor viva, 3, 33). Hoy diríamos “con atención amorosa a Dios y al prójimo”.

Llenemos nuestro corazón de cosas buenas, que son en definitiva las cosas importantes: Perdón, compasión, donación, intercesión, detalles, ... Esto es lo que hace falta que haya en mí. Esto es lo que tengo que buscar. Las cosas de aquí abajo van bien cuando no olvidamos las de arriba. Hay que buscar las cosas importantes, esenciales.

“Si habéis resucitado con Cristo, buscad las cosas de arriba, donde está Cristo... Pensad en las cosas de arriba, no en las de la tierra.” (Col 3, 1-2)

“Tomad en consideración todo lo que hay de verdadero, de noble, de justo, de limpio, de amable, de laudable, de virtuoso y de encomiable.” (Flp 4, 8)

Para llevar esto a la práctica, como somos poquita cosa, podríamos empezar por los más cercanos: mis hermanos en la fe, por mi familia en la fe, el Mac.

¿Cómo puedo saber yo si tengo ese afecto, ese respeto, ese amor en mí?

Cristo nos da la respuesta: “De la abundancia del corazón habla la boca.” (Lc 6, 43-45)

Mira la forma que hablas de los demás. Mira si son palabras de bendición, de agradecimiento o de crítica destructiva hacia el otro. Revisar si hablo mal de los demás.

Viendo de lo que hablo puedo saber qué es lo que hay en mi interior, en mi corazón. Y esto es importantísimo porque el corazón del hombre es el lugar donde actúa Dios.

No permitamos, luchemos, para que en nuestro corazón no se instale la duda, la sospecha sobre el otro. Si tienes una duda sobre tu hermano ve y pregúntale.

¡No juzguemos nos pide el Señor! (cf. Mt 7, 1)

Debemos trabajarnos, colaborando con el Espíritu Santo, para que el amor sea el centro de mi vida, a imitación de Cristo (Ef 5, 1-2), porque donde hay amor allí está Dios. Si no amo Dios no permanece en mí. Me estoy alejando de Él. La cercanía o alejamiento de Dios no depende de los metros sino de la caridad.

Revisemos de qué hablamos. Os dejo ahora con una oración que hicimos el año pasado a nuestra Madre, María Auxiliadora y que es tan necesaria ahora como antes.

### **PARA LA ORACIÓN PERSONAL Y COMUNITARIA.**

María, auxilio de los cristianos, ayúdame con tu ejemplo, a abrir mis ojos y ved lo bueno que hay en la gente con la que me veo a diario, en mis hermanos del movimiento, etc.

Estamos hecho a imagen y semejanza de Dios (cfr. Gn 1, 27). Por lo tanto, hay algo de Su Belleza en cada persona, en cada uno de nosotros.

“Para ser capaces de ver esta belleza necesitamos unos ojos y un corazón puros. Cuando somos desagradables, orgullosos o duros, preguntémonos a nosotros mismos: ¿Por qué estoy siendo duro? No soy puro de corazón. Algo *me* está separando de Jesús.” (Bta. Teresa de Calcuta)

¿Quiero colaborar con el Señor en purificar mi corazón? Si respondo afirmativamente el Evangelio me pide que mire mi lengua.

La lengua está estrechamente conectada al corazón.

“No hay árbol bueno que dé fruto malo, ni árbol malo que dé fruto bueno. Cada árbol se conoce por sus frutos. Porque de los espinos no se recogen higos, ni de las zarzas se vendimian racimos. El hombre bueno saca el bien del buen tesoro de su corazón, y el malo de su mal corazón saca lo malo. Porque de la abundancia del corazón habla la boca.” (Lc 6, 43-45)

Es a través de la lengua que Jesús llega a nuestros corazones.

“Si de *mi* boca salen palabras amargas o de enfado, entonces *mi* corazón no está lleno de Jesús.” (Bta. Teresa de Calcuta)

Los mayores pecados están en la lengua. También están las cosas más bonitas como la Palabra de Dios.

La primera arma (la más cruel) es la lengua. “En primera instancia pensamos en armas, en cuchillos, en matar y ese tipo de cosas. Nunca se nos ocurre relacionar la violencia con nuestras lenguas. La primera violencia que ocurrió en este mundo fue ‘una mentira’.

La crítica, ‘el cáncer del corazón’, no es un simple error, una debilidad humana, es algo que afecta de verdad al corazón” (Bta. Teresa de Calcuta), a tu relación con Dios.

María Auxiliadora, enséñame el disfrute que es el vivir la fraternidad. ¿Qué regalo hay mejor para una madre que ver como se quieren sus hijos? Que este sea nuestro regalo, nuestra felicitación a María.

Si Dios me eligió a mí, también eligió a mi hermano de comunidad. Si Él me ama, también ama a mi esposo/a. Si confía en mí, confía en el responsable que pasa todas las tardes conmigo en el salón. Si el Señor me perdona “setenta veces siete”, las mismas veces te perdona a ti.

Sino amo arruino mi vida y produzco mucho daño alrededor. Que yo no olvide; Madre, que todo lo que hacemos al prójimo, se lo hacemos a Jesús. Si hablo mal de mi hermano, estoy hablando mal de tu Hijo.

Madre, ayúdame a partir de ahora, a no hablar mal de nadie. Que cuando vea un error lo corrija, lo hable con el interesado/a. Los errores siempre hay que corregirlos tal y como el Señor nos ha enseñado (cf. Mt 18, 15-17) y a la persona, amarla, como el Señor nos ha enseñado: invitándola a la conversión y trabajando yo en mi conversión personal (cf. Mt 7, 3).

## **PARA LA MEDITACIÓN**

Lectura: Jn 21, 20-22.

“¿A ti qué te importa?” Es la pregunta que Jesús dirigió a Pedro, que se había inmiscuido en la vida del otro, en la vida del discípulo Juan, "a quien Jesús amaba". Pedro tenía un diálogo de amor con el Señor, pero luego el diálogo se ha desviado hacia otro carril y él también padece una tentación: Inmiscuirse en la vida de los otros.

Como se dice vulgarmente Pedro hace de "curioso". Hay dos modalidades de esta intromisión en la vida de los otros. En primer lugar, la comparación, el compararse con los demás. Cuando existe esta comparación, terminamos en la amargura y hasta en la envidia, y la envidia arruina la comunidad cristiana, le hace mucho daño, y el diablo quiere eso. La segunda forma de esta tentación son los chismes. Se empieza de una manera “muy educada”, pero luego terminamos "despellejando al prójimo":

"¿Cuánto se chisme en la Iglesia! ¡Cuánto chismeamos nosotros los cristianos! El chisme es propio despellejarse, ¿no? Es maltratarse el uno al otro. Como si se quisiera disminuir al otro, ¿no? En lugar de crecer yo, hago que el otro sea aplanado y me siento muy bien. ¡Esto no va! Parece agradable chismear... No sé por qué, pero se siente bien. Como un caramelo de miel, ¿verdad? Te comes uno - ¡Ah, qué bien! -Y luego otra, otra, otra, y al final tienes dolor de estómago. ¿Y por qué? El chisme es

así: es dulce al principio y luego te arruina, ¡te arruina el alma! Los chismes son destructivos en la Iglesia, son destructivos... Es un poco como el espíritu de Caín: matar al hermano, con su lengua; ¡matar a su hermano!".

En este camino ¡nos convertimos en cristianos de buenas costumbres y malos hábitos! Pero ¿cómo se presenta el chisme? Normalmente hacemos tres cosas:

Desinformamos: decir solo la mitad que nos conviene y no la otra mitad; la otra mitad no la decimos porque no es conveniente para nosotros. En segundo lugar está la difamación: Cuando una persona realmente tiene un defecto, y ha errado, entonces contarle, "hacer del periodista"... ¡Y la fama de esta persona está arruinada! Y la tercera es la calumnia: decir cosas que no son ciertas. ¡Eso es también matar a su hermano! Todas estas tres --la desinformación, la difamación y la calumnia-- ¡son pecado! ¡Este es el pecado! Esto es darle una bofetada a Jesús en la persona de sus hijos, de sus hermanos".

Es por eso que Jesús hace con nosotros como lo hizo con Pedro cuando lo reprende: "¿A ti qué te importa? ¡Tú sígueme!" El Señor realmente nos "señala el camino": "El chisme no te hará bien, porque te llevará a este espíritu de destrucción en la Iglesia. ¡Sígueme!". Es hermosa esta palabra de Jesús, que es tan clara, es tan amorosa para nosotros. Como si dijera: «No hagan fantasías, creyendo que la salvación está en la comparación con los demás o en el chisme. La salvación es ir detrás de mí». ¡Seguir a Jesús! Pidamos hoy al Señor que nos dé esta gracia de nunca inmiscuirnos en la vida de los demás, de convertirnos en cristianos de buenos modales y malos hábitos, de seguir a Jesús, para ir detrás de Jesús, en su camino. ¡Y esto es suficiente!".

Hay un episodio de la vida de Santa Teresita que se preguntaba por qué Jesús dio tanto a uno y poco a otro. La hermana mayor, tomó un dedal y un vaso y los llenó con agua, y luego le preguntó a Teresita cuál de los dos estaba más lleno. "Ambos están llenos", dijo la futura santa. Jesús hace así con nosotros, no le importa si eres grande, si eres pequeño. Él está interesado en que "estés lleno del amor de Jesús". (Papa Francisco; Homilía misa diaria, capilla santa Marta, 18-05-2013)

## **6.- “Cuéntales a todos lo que el Señor ha hecho contigo.” (Lc 8, 39)**

De esto es lo que tengo que hablar: de las cosas que el Señor ha hecho conmigo.

¡Cuántos buenos recuerdos nos trae esta cita del evangelio de Lucas, y que fue el LeMAC 2011, el de nuestro 40 aniversario!

¿Qué tiene que ver esto ahora?

Sabemos que el amor empieza por el detalle, por un vaso de agua, por una visita, por un consejo, por compartir lo que tenemos y lo que somos. ¡Sobre todo lo que somos!

Somos cristianos, seguimos al Señor, seguimos el Evangelio, y éste siempre pide más.

Si te piden que lo acompañes un kilómetro, el Señor dice que lo acompañes dos.

Si te piden la túnica, el Señor dice que le des también el manto.

Si te golpean en una mejilla, el Señor dice que le ofrezcamos también la otra.

Si se nos enseñó a perdonar siete veces, ahora el Señor dice que setenta veces siete.

“Todo eso lo he cumplido desde joven. A estas palabras, Jesús le replicó: aún te falta una cosa...” (Lc 18, 21-22)

Y así podríamos seguir un buen rato. Sólo hace falta abrir el Evangelio para darnos cuenta.

“Aún te falta una cosa”. Más, siempre más. No me puedo conformar con el servicio que presto en estos momentos.

¿Por qué el evangelio pide más? El ser humano, al estar creado por amor y para amar (imagen y semejanza de Dios), está llamado a ser más de lo que es, ya que, el amor es un proceso nunca concluido. Siempre se puede amar más y mejor.

Somos seres limitados con un dinamismo ilimitado. Ese dinamismo es el amor.

Amar es algo eterno. Es para siempre.

¿Cuál es el amor más grande? El que da la vida por sus amigos (cf. Jn 15, 13), tal y como hizo Jesús. El Señor nos llama a que “el que pierda su vida por mí y por la buena noticia, la salvará.” (Mc 8, 34)

El mayor acto de amor es gastar la vida en la evangelización. Propaguemos el bien anunciando al Bien. Sembremos cosas buenas, al “más Bueno que existe, al Señor”. Contémosles a los demás lo que el Señor ha hecho con nosotros.

“Quien no da a Dios da demasiado poco.” (LeMaC 2010). Y nosotros estamos llamados a dar más.

“La mayor obra de caridad es precisamente la evangelización, es decir, el «servicio de la Palabra». Ninguna acción es más benéfica y, por tanto, caritativa hacia el prójimo que partir el pan de la Palabra de Dios, hacerle partícipe de la Buena Nueva del Evangelio, introducirlo en la relación con Dios: la evangelización es la promoción más alta e integral de la persona humana. Como escribe el siervo de Dios el Papa Pablo VI en la Encíclica *Populorum progressio*, es el anuncio de Cristo el primer y principal factor de desarrollo (cf. n. 16). La verdad originaria del amor de Dios por nosotros, vivida y anunciada, abre nuestra existencia a aceptar este amor haciendo posible el desarrollo integral de la humanidad y de cada hombre (cf. *Caritas in veritate*, 8).

En definitiva, todo parte del amor y tiende al amor. Conocemos el amor gratuito de Dios mediante el anuncio del Evangelio. Si lo acogemos con fe, recibimos el primer contacto (indispensable) con lo divino, capaz de hacernos «enamorar del Amor», para después vivir y crecer en este Amor y comunicarlo con alegría a los demás.”

(Mensaje para la cuaresma 2013; Benedicto XVI)

Vivamos el mayor acto de amor: el apostolado. Empecemos por los que más sufren, los niños y los jóvenes, los que están más abandonados. “Compartiendo con ellos lo más valioso que tenemos: que no son nuestras obras ni organizaciones, ¡lo más valioso que tenemos es Cristo y su Evangelio!” (Papa Francisco; Homilía 12-05-2013)

La evangelización no es otra cosa que enseñar el arte de vivir. Y esto es enseñar a amar. Aprender el arte del verdadero amor.

Aprender de Dios mismo el modo correcto de ser persona. Es lo que vimos en el punto 3. Esto es evangelizar.

Cuidemos mucho nuestra familia, nuestros hijos, en todos los sentidos. Cuidemos su fe, como cuidamos otras cosas. “Que las familias sean el primer lugar en el que se “respire” el amor de Dios, que da la fuerza interior, incluso en medio de las dificultades y las pruebas de la vida. Quien vive en familia la experiencia del amor de Dios, recibe un don inestimable, que da fruto a su tiempo.”

(Benedicto XVI; Regina caeli, 29-04-2012)

“La misión de Cristo se realizó en el amor. Encendió en el mundo el fuego de la caridad de Dios (cf. *Lc* 12, 49). El Amor es el que da la vida; por eso la Iglesia es enviada a difundir en el mundo la caridad de Cristo, para que los hombres y los pueblos “tengan vida y la tengan en abundancia” (Jn 10, 10).”

(Benedicto XVI; Homilía, 13-05-2007)

## **7.- “Permaneced en mi amor” (Jn 15, 9)**

Permanecer en el amor es perseverar en la caridad, lo más urgente en estos momentos. Fijaros que dice “en mi amor” y no en el “nuestro”.

¿Y cómo se permanece en el amor de Cristo?

“Sólo permaneceréis en mi amor, si obedecéis mis mandamientos.” (Jn 15, 9)

Así es como se persevera en el amor.

Escuchar la palabra, rezar con la palabra, dialogar con ella a lo largo del día, vivir de ella, orientarnos con ella. Apreciarla, quererla, valorarla. Para ello necesitamos la ayuda de Dios.

“La recepción de las palabras y las verdades de fe, para que se conviertan en vida, se realiza y crece bajo la acción del Espíritu Santo.” (Papa Francisco; Audiencia general, 15-05-2013)

“Es el Espíritu Santo el que inspira la fe y da lugar a nuestra cooperación.” (Paul Gunter)

Tarde o temprano vendrán problemas, seguro, pero si estamos cimentados sobre la Palabra no nos hundiremos, no tiraremos la toalla y perseveraremos (cf. Mt 7, 24-27).

Somos lo que hacemos cada día. Por eso, cuidemos diariamente todo lo que tenga que ver con la fe para permanecer unido a Él, para vivir la Palabra, y así perseverar en el servicio del amor. Cuidemos la oración personal, las Eucaristías, la comunidad, el movimiento, la parroquia, los retiros, los ejercicios espirituales, los encuentros, etc. Todo esto ayuda.

“La fe sin la caridad no da fruto, y la caridad sin fe sería un sentimiento constantemente a merced de la duda. La fe y el amor se necesitan mutuamente, de modo que una permite a la otra seguir su camino. En efecto, muchos cristianos dedican sus vidas con amor a quien está solo, marginado o excluido, como el primero a quien hay que atender y el más importante que socorrer, porque precisamente en él se refleja el rostro mismo de Cristo. Gracias a la fe podemos reconocer en quienes piden nuestro amor el rostro del Señor resucitado. «Cada vez que lo hicisteis con uno de estos, mis hermanos más pequeños, conmigo lo hicisteis» (Mt 25, 40): estas palabras tuyas son una advertencia que no se ha de olvidar, y una invitación perenne a devolver ese amor con el que él cuida de nosotros. Es la fe la que nos permite reconocer a Cristo, y es su mismo amor el que impulsa a socorrerlo cada vez que se hace nuestro prójimo en el camino de la vida. Sostenidos por la fe, miramos con esperanza a nuestro compromiso en el mundo, aguardando «unos cielos nuevos y una tierra nueva en los que habite la justicia» (2 P 3, 13; cf. Ap 21, 1).” (Benedicto XVI; Porta fidei, 14)”

El cristianismo tiene dos piernas: oración y amor. Fe y caridad han de ir juntas.

“Sólo la profunda relación con Dios hace posible una plena atención al hombre, del mismo modo que sin una atención al prójimo se empobrece la relación con Dios.” (Benedicto XVI; Discurso en Friburgo 25-09-2011)

“No se pueden construir puentes entre los hombres olvidándose de Dios. Pero también es cierto lo contrario: no se pueden vivir auténticas relaciones con Dios ignorando a los demás.”  
(Papa Francisco; Discurso al cuerpo diplomático acreditado ante la Santa Sede, 22-03-2013)

“El que persevere hasta el fin, ése se salvará” (Mc 13, 13). Y también salvará a otros.

Quien persevere hasta el final será feliz.

## **PARA LA ORACIÓN PERSONAL Y COMUNITARIA**

Esta última oración del tema la vamos a dedicar al Espíritu Santo. Él ha sido el protagonista a lo largo de todo el tema. Le debemos mucho a Él. Vamos a estar este ratito con Él, intimando, “tratando de amistad con quien sabemos que nos quiere.” (Sta. Teresa de Jesús, Vida 8, 5)

Desde siempre todos los hombres esperan en su corazón, de algún modo, un cambio, una transformación del mundo.

“La creación misma espera deseosa que se manifieste lo que serán los hijos de Dios... vive en la esperanza de ser también ella liberada de la servidumbre de la corrupción y participar de la gloriosa libertad de los hijos de Dios.” (Rom 8, 19-21)

Lo sepa o no el mundo, este cambio que desea, esta novedad viene de Dios. ¿Cómo llegará ésta transformación al mundo? A través de los hijos de Dios, exactamente igual que hizo el Hijo de Dios.

¿Y quiénes son los hijos de Dios?

“Los que se dejan guiar por el Espíritu de Dios, éstos son hijos de Dios.” (Rom 8,14)

Aquí aparece el Espíritu Santo, el Espíritu del Hijo que nos hace hijos. El Espíritu de amor, artífice de toda transformación.

¡Qué necesidad tenemos de Ti, “Señor y dador de vida”!

Intimemos con Él, dejémonos guiar por Él. Su misión es enamorarnos cada día más de Jesucristo.

"El Espíritu Santo es nuestro amigo y compañero de camino y nos dice dónde está Jesús. El Espíritu Santo, que es justamente Dios, la Persona Dios, da testimonio de Jesucristo en nosotros.

El Espíritu Santo nos abre el corazón para conocer a Jesús (cf. Hch 16, 14). Sin Él no podemos conocer a Jesús. Nos prepara al encuentro con Jesús. Nos hace ir por el camino de Jesús. El Espíritu Santo actúa en nosotros durante todo el día, durante toda nuestra vida, como testimonio que nos dice dónde está Jesús.

Pidámosle la gracia de acostumbrarnos a la presencia de este compañero de camino, el Espíritu Santo, de este testimonio de Jesús que nos dice dónde está Jesús, cómo encontrar a Jesús, qué cosa nos dice Jesús. Tenerle una cierta familiaridad: es un amigo. Recordemos las palabras de Jesús: 'No, no te dejo solo, te dejo a Éste'. Lo llama Paráclito, o sea aquello que nos defiende, que siempre está a nuestro lado para sostenernos. Jesús nos lo deja como amigo.

Antes que termine la jornada tengamos la costumbre de preguntarnos: '¿Qué cosa ha obrado el Espíritu Santo en mí, hoy? ¿Qué testimonio me ha dado? ¿Cómo me ha hablado? ¿Qué cosa me ha sugerido?'. Ya que el Espíritu Santo es presencia divina que nos ayuda a ir adelante en nuestra vida de cristianos. Pidamos hoy esta gracia. Y esto hará que, como lo hemos hecho en la oración, en cada momento tengamos presente la fecundidad de la Pascua.” (Papa Francisco; Homilía misa diaria capilla santa Marta, 07-05-2013)

“Dios nos dará el Espíritu Santo en la medida en que acojamos la Palabra allí donde la oigamos.” (M. Drelbêl) (cf. Hch 10, 44)

Esto requiere silencio, oración, escuchar y guardar la Palabra para vivirla,... Somos lo que hacemos cada día.



Los teólogos antiguos decían que el alma es una especie de barca de vela; el Espíritu Santo es el viento que sopla la vela para hacerla avanzar; la fuerza y el ímpetu del viento son los dones del Espíritu. Sin su fuerza, sin su gracia, no iríamos adelante.

El Espíritu Santo es el amor del Señor que nos impulsa (cf. 2 Cor 5, 14).

¿Y hacia dónde nos lleva? Hacia el servicio de los que más sufren (cf. Lc 4, 18-19). El Espíritu Santo se nos da para servir.

“Dios ‘desvela’ su presencia: él está ahí obrando, fundamentalmente ‘despertando el amor.’” (M. Herráiz)

“¿Cómo sabemos que hemos recibido el Espíritu Santo? Hay que preguntárselo a nuestro corazón. Si amamos al prójimo, el Espíritu de Dios está en nosotros. Debemos ponernos a prueba delante de Dios para ver si en nosotros hay amor.

Si tienes amor fraterno, estate seguro. No puede haber caridad sin el Espíritu de Dios.” (San Agustín)

### **HIMNO AL ESPÍRITU SANTO**

Ven, Espíritu Divino,  
manda tu luz desde el cielo.  
Padre amoroso del pobre,  
don, en tus dones espléndido;  
luz que ilumina las almas  
fuente del mayor consuelo.

Ven, dulce huésped del alma,  
descanso en nuestros esfuerzos,  
tregua en el duro trabajo,  
brisa en las horas de fuego,  
gozo que enjuga las lágrimas,  
y reconforta en los duelos.

Llega hasta el fondo del alma  
Divina luz y enriquécenos.  
Mira el vacío del alma  
Si Tú le faltas por dentro.  
Mira el poder del pecado  
cuando no envías tu aliento.

Riega la tierra en sequía.  
Sana el corazón enfermo.  
Lava las manchas.  
Infunde calor de vida en el hielo.  
Doma al espíritu indómito,  
guía al que tuerce el sendero.

Reparte tus siete dones  
según la fe de tus siervos.  
Por tu bondad y tu gracia  
dale al esfuerzo su éxito.  
Salva al que busca salvarse  
y danos tu gozo eterno. Amén.

**MATERIAL ANEXO**  
PARA LA ORACIÓN PERSONAL Y COMUNITARIA

## **AMAR ES UN ÉXODO**

*Una dinámica para aprender a amar*

**OBJETIVO:** A la luz de la Palabra de Dios podemos entender nuestra vida como un éxodo, como una peregrinación interior del propio egoísmo a la tierra prometida de la caridad, que es Dios. Jesucristo inauguró un éxodo ya no sólo terreno, histórico y como tal provisional, sino radical y definitivo: el paso del reino del mal al reino de Dios, del dominio del pecado y de la muerte al del amor y la vida.

Jesús mismo vivió su vida como un éxodo: “hablaban del éxodo que Jesús había de consumir en Jerusalén” (Lc 9, 31), “dejar este mundo para ir al Padre” (Jn 13, 1).

De igual forma, la vida cristiana es un “camino” que recorrer, que consiste no tanto en una ley que observar, sino la persona misma de Cristo, a la que hay que encontrar, acoger, seguir. El recorrido de este viaje pasa por las alegrías y las pruebas de la vida cotidiana: en nuestras familias, en el colegio, en el trabajo, en los salones, durante nuestras actividades recreativas, en nuestras comunidades y parroquias.

No hay mejor compañero de viaje de la vida ni mejor guía que Jesús, que nos enseña “con verdad el camino de Dios.” (Lc 20, 21)

Siguiendo a Aquel que es el Camino (cf. Jn 14,6), nos convertimos en personas siempre en camino, siempre esforzándonos en el bien para todas las personas, para la Iglesia, para el mundo. Somos personas llenas de la Vida que es Cristo.

La vida cristiana es un continuo pasar de nuestro modo de ser al modo de ser de Cristo. La vida no es otra cosa que aprender a amar, porque “al atardecer de la vida seré examinado en el amor. Aprende a amar como Dios quiere y deja tu condición.” (S. Juan de la Cruz, Dichos, 59)

Queremos que la dinámica ayude a elevar la mirada por encima de los asuntos y de la vida ordinaria, para así ponernos en camino, en busca de nuestro destino esencial, de la verdad, de la vida verdadera, de Dios.

Queremos llamar la atención de la importancia de la búsqueda del silencio, de la contemplación (oración personal y comunitaria, sacramentos, retiros, ejercicios, lectura espiritual, etc) como expresión de nuestra búsqueda y hambre de Dios.

El protagonismo de Dios en esto está claro: Él es nuestro origen y nuestro destino.

La iniciativa de este camino la tiene Dios, que ha puesto en nuestro corazón la búsqueda de su rostro.

Todo camino tiene un punto de llegada. Saber cuál es la finalidad de mi vida es un asunto de vital importancia, porque si no sé para qué estoy aquí puedo echar a perder mi vida.

**DESTINO:** “Amaros unos a otros COMO YO os he amado”. Ese “COMO YO” es la tierra prometida. Ese “COMO YO” es la brújula, el camino, el método y el destino. Es aprender a amar como Cristo nos ama.

## PREPARATIVOS DEL VIAJE

“Pero yo voy a seducirla; la llevaré al desierto y le hablaré al corazón.” (Os 2,16)

“Entonces el Espíritu llevó a Jesús al desierto...” (Mt 4, 1)

“Acuérdate de todo el camino que Dios te ha hecho andar durante estos cuarenta años en el desierto para humillarte, probarte y conocer lo que había en tu corazón: si ibas o no a guardar sus mandamientos.” (Dt 8, 2)

“Durante cuarenta años os he conducido por el desierto... para que os dieseis cuenta de que yo soy el Señor vuestro Dios.” (Dt 29, 4.5)

Las grandes cosas comienzan siempre en el desierto, en el silencio, en la pobreza.

“Hoy el mundo necesita más que nunca de una vuelta a la contemplación... El verdadero profeta de la Iglesia del futuro será aquel que venga del ‘desierto’ como Moisés, Elías, el Bautista, Pablo y sobre todo Jesús, cargados de mística y con ese brillo especial que sólo tienen las personas acostumbradas a hablar con Dios cara a cara.” (A. Hortelano)

“Llamados a dar a la Iglesia y al mundo un claro testimonio de fe, esto es posible solo gracias a una profunda y estable inmersión en el diálogo con Dios. A los muchos que aún hoy preguntan: «¿Quién nos hará ver el bien?», pueden responder cuantos reflejan en su rostro y con su vida la luz del rostro de Dios (cfr. Sal 4,7).” (Benedicto XVI)

“Es necesario pasar por el desierto y permanecer en él para recibir la gracia de Dios: es en el desierto donde uno se vacía y se desprende de todo lo que no es Dios, y donde se vacía completamente la casita de nuestra alma para dejar todo el sitio a Dios solo. (...) Es indispensable. Es un tiempo de gracia. Es un período por el que tiene que pasar necesariamente toda alma que quiera dar fruto; es necesario este silencio, este recogimiento, este olvido de todo lo creado, para que Dios establezca en el alma su Reino, y forme en el alma el espíritu interior, la vida íntima con Dios, la conversación del alma con Dios en la fe, la esperanza y la caridad (...) Y es en la soledad, en esta vida sólo con solo Dios, en el recogimiento profundo del alma que olvida todo lo creado para vivir sólo en unión con Dios, donde Dios se da todo entero a quien se da todo entero a Él”. (Carlos de Foucauld)

Canción: Hay ruido.

¿Qué te impide escuchar de los hombres su alarido, de la vida su murmullo, de los hombres su quejido?

En medio de todos los follones del día a día, ¿cuál es el asunto, el negocio más importante de mi vida?

El desierto es el lugar del silencio, de la soledad, es alejamiento de las ocupaciones cotidianas, del ruido y de la superficialidad. El desierto es el lugar de lo absoluto, el lugar de la libertad, que sitúa al hombre ante las cuestiones fundamentales de su vida. En este sentido, es lugar de gracia. Al vaciarse de sus preocupaciones, el hombre encuentra al Creador

Dios se presenta ante Moisés. El lugar del acontecimiento es el desierto. Para Moisés, para Elías, para Jesús, ése es el emplazamiento de la vocación y de la preparación. Si no se sale del trajín cotidiano, si no se afronta la fuerza de la soledad, no se puede percibir a Dios... el corazón codicioso, egoísta, no puede conocer a Dios... el corazón ruidoso, aturdido, disperso, no puede encontrar a Dios.

Para no perder el norte necesitamos tratar con el Señor, que es la brújula de la vida, nuestro “GPS”. Esto es lo primero. Darle importancia a la oración personal y comunitaria, a los sacramentos, a la vida comunitaria, a la lectura espiritual, a los retiros, a los ejercicios... Todo esto me ayuda a cuidar la fe. Y es ésta, la fe, la que me hace aprender a amar, destino final de nuestro Éxodo, la tierra prometida.

Fe y caridad van juntas. “La fe sin la caridad no da fruto, y la caridad sin fe sería un sentimiento constantemente a merced de la duda. Fe y caridad se necesitan mutuamente, de modo que la una permite a la otra realizar su camino”. (Benedicto XVI; Porta fidei, 14)  
Si cuido la fe, perseveraré en la caridad.

Antes de ponernos en marcha.

## NO SE TE OLVIDE LLEVAR CONTIGO:

1.- ECHA ESTO EN TU CORAZÓN (guarda estas cosas en el corazón (cf. Lc 2, 19)):



**“AGUA VIVA”** (Jn 4,11): “Decía esto refiriéndose al Espíritu.” (Jn 7,39)

**COMIDA de VERDAD:** “No sólo de pan vive el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios.” (Mt 4,4)

“Mi alimento es hacer la voluntad del que me ha enviado.” (Jn 4,34)

“Yo soy el pan de vida.” (Jn 6,35)

**CARNET DE IDENTIDAD:** “¡Somos hijos de Dios!” (1 Jn 3,1) “A cuantos la recibieron, a todos aquellos que creen en su nombre, les dio poder para ser hijos de Dios.” (Jn 1,12)

**AGUA VIVA:** Se refiere al Espíritu Santo y a todo lo que tiene que ver con Él. Se hace un llamamiento a la vida de piedad y al servicio (los dos pies del Espíritu). Sin agua no se puede vivir. Sin el Espíritu Santo no se puede vivir en cristiano.

**COMIDA DE VERDAD:** ¿Me alimento de verdad, de la verdad: Palabra de Dios, Eucaristía y servicio a los que sufren?

**CARNET DE IDENTIDAD:** ¡Somos hijos de Dios! Caminemos con confianza. “Si el alma busca a Dios, mucho más la busca su Amado a ella.” (s. Juan de la Cruz; Llama 3, 28) Dios no juega al escondite con nosotros. Salimos en busca de Alguien que se ha puesto en marcha para encontrarnos. Al final del camino nos espera un Padre, nos espera un abrazo...

## 2.- LA BRÚJULA (la orientación decisiva en la vida)



Sin Dios nos perdemos.

Los cuatro puntos cardinales fundamentales (referencias básicas para no perdernos en la vida):

1.- “Buscaré tu rostro, Señor...” (Sal 27, 8)

“El profeta... nos muestra el rostro de Dios y, con ello, el camino que debemos tomar. Es la indicación del camino que lleva al auténtico ‘éxodo’, que consiste en que en todos los avatares de la historia hay que buscar y encontrar el camino que lleva a Dios como la verdadera orientación.” (Benedicto XVI)

2.- “El que busca encuentra.” (Mt 7, 8)

3.- Nosotros preguntamos: ¿dónde está Dios? Y Dios nos pregunta: “¿dónde está tu hermano?” (Gn 4, 9)

4.- “El que me ha visto a mí, ha visto al Padre” (Jn. 14,9) “¿Cuándo te vimos Señor...? Cuando lo hicisteis a uno de estos mis hermanos más pequeños, a mí me lo hicisteis.” (Mt 25, 39-40)

Así, guardando todo esto en el corazón y con la brújula en mano, ¡nos ponemos en marcha!

## **1º etapa: “Sal de tu tierra” (Gn 12, 1)**



Abrahán: “sal de tu tierra y vete a la tierra que yo te indicaré.” (Hacia lo desconocido)

Moisés: “El clamor de los israelitas ha llegado hasta mí. He visto también la opresión a que los egipcios los someten. Ve, pues; yo te envío al faraón para que saques de Egipto a mi pueblo, a los israelitas” (Ex 3, 9-10) “Los sacaré de este país y lo llevaré a una tierra nueva y espaciosa...” (Ex 3, 8)

Los Magos de oriente: salir de su mundillo en busca de la verdad.

Jesús: “Salí del Padre y vine al mundo.” (Jn 16, 28) Subir a Jerusalén, la Jerusalén celestial, hasta la casa del Padre.

También nosotros hemos sido llamados por nuestro nombre, invitados a emprender un éxodo diario desde el pecado y la esclavitud hacia la vida y la libertad de la caridad.

Toda mi vida es salir de mi modo de ser para llegar al modo de ser de Cristo;

salir de mi manera de hacer las cosas para llegar a hacerla a la manera de Cristo;

abandonar mis planes para asumir los planes de Dios (cfr. Is 55, 8);

salir de lo que a mí me gusta para comenzar a querer lo que a Ti te agrada.

dejar mis caminos para transitar por el camino del Señor (cfr. Is 55, 8);

salir de como yo amo, sirvo y me entrego, para llegar al “como Yo os amo”, sirvo y me entrego de Jesús.

Salir es dejar el conformismo, la mediocridad, la indiferencia.

“Se nos pide el compromiso de salir de los muros del egoísmo, de ‘cruzar’ nuestra realidad hecha de cosas y de pasar más allá, para aprender a ver y a gustar las cosas esenciales, que son justamente las cosas de Dios.” (Giuliano Vigini)

“Salir de mi tierra” significa convertirse. Tengo que comenzar por dejar de mirarme, y preguntarme qué es lo que Él quiere.

El evangelio siempre pide salir (“ven y sígueme), siempre pide más...

“Todo eso lo he cumplido desde joven.

A estas palabras, Jesús le replicó: aún te falta una cosa...” (Lc 18, 21-22)

“Aún te falta una cosa...” El amor nunca se da por concluido y completado. Amar es un proceso inacabado e ininterrumpido, como la vida misma. Siempre se puede amar más y mejor. El listón es ese “como Yo os he amado”. “El amor y la bondad son como Dios. No tienen fin. Nunca dejas de amar y hacer el bien, porque amar y hacer el bien es asemejarse a Dios.”(Cardenal Robert Sarah)

“Quien no avanza, retrocede.” (Santa Teresa de Jesús)

Por eso, “si dices ‘basta’, ya has muerto” porque “no tiene fin la búsqueda porque no tiene fin el amor. En la medida que crece el amor, crece la búsqueda de Aquel que ha sido hallado.” (S. Agustín)

De ahí que “el amor es un progreso eterno.” (San Agustín) Es el cielo, a donde nos encaminamos. La perfección es seguir en camino.

Por lo tanto, siempre se dará: “Aún te falta una cosa.” Y eso que nos falta es amar, más y mejor. De ahí que siempre será necesario “salir”.

Imitar a Dios significa salir de sí mismo, darse en el amor. Porque eso es lo que hizo el Hijo en la encarnación. Jesús mismo se hizo niño para salir a nuestro encuentro, para llevarnos a Dios.

“Permanecer con Él requiere un "salir". Salir de sí mismos, de un modo de vivir la fe cansino y rutinario, de la tentación de ensimismarse en los propios esquemas que terminan por cerrar el horizonte de la acción creadora de Dios. Dios salió de sí mismo para venir en medio de nosotros, colocó su tienda entre nosotros para traer su misericordia que salva y da esperanza. También nosotros, si queremos seguirlo y permanecer con Él, no debemos contentarnos con permanecer en el recinto de las noventa y nueve ovejas, debemos "salir", buscar con Él a la oveja perdida, a la más lejana. Recuerden bien: salir de nosotros, como Jesús, como Dios salió de sí mismo en Jesús, y Jesús salió de sí mismo para todos nosotros.

Alguien podría decirme: “Pero Padre no tengo tiempo”, “tengo muchas cosas que hacer”, “es difícil”, “¿qué puedo hacer yo con mis pocas fuerzas, también con mi pecado, con tantas cosas?”. A menudo nos conformamos con algunas oraciones, con una misa dominical distraída e inconstante, con algún gesto de caridad, pero no tenemos esta valentía de "salir" para llevar a Cristo. Somos un poco como San Pedro. Tan pronto como Jesús habla de la pasión, muerte y resurrección, de darse a sí mismo, de amor a los demás, el Apóstol lo lleva aparte y lo reprende. Lo que Jesús dice altera sus planes, le parece inaceptable, pone en dificultad las seguridades que él se había construido, su idea del Mesías. Y Jesús mira a los discípulos y dirige a Pedro quizá una de las palabras más duras del Evangelio: «¡Retírate, ve detrás de mí, Satanás! Porque tus pensamientos no son los de Dios, sino los de los hombres». (Mc. 8,33)...

"Salir" al encuentro de los demás, acercarnos nosotros para llevar la luz y la alegría de nuestra fe ¡Salir siempre!

Y hacer esto con amor y con la ternura de Dios, con respeto y paciencia, sabiendo que ponemos nuestras manos, nuestros pies, nuestro corazón, pero que es Dios quien los guía y hace fecundas todas nuestras acciones.” (Papa Francisco; Audiencia general, 27-03-2013)

“Salir e ir al encuentro de quien tiene necesidad de atención, compresión y ayuda, para llevarle la cálida cercanía del amor de Dios, a través de gestos concretos de delicadeza y de afecto sincero y de amor...”

¿Estoy atento a los otros? ¿Percibo quién padece necesidad? ¿Veo a los demás como hermanos y hermanas que debo amar?” (Papa Francisco; Homilía misa 12-05-2013)

Canción: **SAL DE TU TIERRA** (Gn 12, 1-2)

Quiero salir de la tierra que me hace fuerte en mí mismo,  
la que rechaza a otra gente y acrecienta mi egoísmo.  
Quiero salir de la tierra en la que sólo cultivo  
engreimientos y maldades, me aleja de lo sencillo.  
Quiero salir de la tierra que me instala en lo sabido,  
olvidando que lo nuevo se ve en lo desconocido.

**Quiero salir de la tierra, quiero salir de mi tierra,  
quiero salir de la tierra que me aleja de ti, amigo.**

Sal de tu tierra egoísta, la que te amarra a otros tiempos,  
la que ensimisma tu espíritu, tomando senderos viejos.  
Sal de tus tierras oscuras, sin luces de tiempos nuevos,  
que el cuerpo de todos los hombres sienta que tú eres su cuerpo.  
Sal de la tierra vieja que, aunque nueva en otros tiempos,  
ya transmitió su mensaje: ¡hoy te espera otro nuevo!

En estos momentos, ¿qué significa para mí “salir de mi tierra?”

## **2º etapa: “Os voy a mostrar un camino que los supera a todos.”** **(1 Cor 12,31)**

(Hay un powerpoint de esta etapa.)



Muy bien, nos ponemos en marcha, pero ¿qué hacemos ahora? ¿para dónde tiramos? ¿Cuál es la dirección correcta? ¿Cómo ser persona?

“¿Cómo puede un joven llevar una vida honesta? Viviendo de acuerdo con tu palabra” (Sal 119, 9)

“Tu palabra es antorcha para mis pasos, y luz para mi camino.” (Sal 119, 105)

“Y la palabra se hizo carne y habitó entre nosotros.” (Jn 1, 14)

“Yo soy la luz del mundo. El que me siga no caminará a oscuras, sino que tendrá de la vida.” (Jn 8, 12)

Queremos llegar a la tierra prometida, es decir, a Dios que “es amor” (1 Jn 4, 8).

Pero hay un problemilla: “A Dios nadie lo vió jamás...” (Jn 1, 18)

No problem: “El Hijo único, que es Dios... nos lo ha dado a conocer.” (Jn 1, 18)

“Nadie puede llegar hasta el Padre, sino por mí.” (Jn 14, 6)

“Yo soy el camino, la verdad y la vida.” (Jn 14, 6)

Y si Cristo es el camino, ¿qué camino es ese? ¿qué ha hecho Él con su vida?

“Él pasó haciendo el bien” (Hch 10, 38), al estilo del buen samaritano de la parábola que nos contó.

Jesús nos ha dado la clave de la vida: “Os voy a mostrar un camino que los supera a todos... el amor.” (1 Cor 12,31.13,4)

Es el amor el camino que Cristo practicó para llegar hasta el Padre.

Desde que Dios se hizo hombre, es el hombre el camino para llegar a Dios.

“Si alguno dice: ‘Yo amo a Dios’, y odia a su hermano, es un mentiroso; pues quien no ama a su hermano a quien ve, no puede amar a Dios a quien no ve.” (1 Jn 4, 20)

“Os aseguro que cuando lo hicisteis con uno de estos mis hermanos más pequeños, a mí me lo hicisteis.” (Mt 25, 40)

Es el sacramento del prójimo. Es la caridad practicada al otro el camino que me lleva hasta el OTRO.

“Cada enfermo, cada persona necesitada merece nuestro respeto y amor, porque a través de él Dios nos indica el camino hacia el cielo.” (Benedicto XVI)

“Creer en Dios significa renunciar a los propios prejuicios y acoger el rostro concreto con el que Él se ha revelado: el hombre Jesús de Nazaret. Y este camino conduce también a reconocerlo y a servirlo en los demás.” (Benedicto XVI)

Por lo tanto, a Dios “no se va caminando sino amando.” (s. Agustín)

“Nuestro ascenso a Dios pasa por el descenso del servicio humilde del amor.” (Benedicto XVI)

Quien no vive para servir no sirve para vivir. Quien ama vive de verdad. Es ser responsable del otro.

“Entrégate al prójimo, es la mejor manera de ir hacia Dios: lo que hacemos a uno de estos pequeños, es a Él a quien se lo hacemos.” (C. de Foucauld)

Mi camino del día a día queda así iluminado. “El hombre es el camino de la Iglesia, y Cristo es el camino del hombre.” (Benedicto XVI)

Si cogemos esta cita y le damos un toque “MAC”, ¿cómo quedaría?: “Los jóvenes son el camino del MAC, y Cristo es el camino de los jóvenes.”

Gregorio Magno decía una vez: “Si tendéis hacia Dios, tened cuidado de no alcanzarlo solos.”

La caridad no es sólo la meta, sino también el camino. El amor es la medida del avance. Y como nos dice S. Agustín: “La medida del amor es amar sin medida.”

En otras palabras: El amor es siempre exagerado. Si no es así, no es amor. La imagen de este amor que se sale es la cruz. Así nos ama Dios.

La vida no es otra cosa que aprender a amar como Dios nos ama.

ORACIÓN PARA APRENDER A AMAR:



“Señor, cuando tenga hambre, dame alguien que necesite comida;  
 Cuando tenga sed, dame alguien que precise agua;  
 Cuando sienta frío, dame alguien que necesite calor.  
 Cuando sufra, dame alguien que necesita consuelo;  
 Cuando mi cruz parezca pesada, déjame compartir la cruz del otro;  
 Cuando me vea pobre, pon a mi lado algún necesitado.  
 Cuando no tenga tiempo, dame alguien que precise de mis minutos;  
 Cuando sufra humillación, dame ocasión para elogiar a alguien;  
 Cuando esté desanimado, dame alguien para darle nuevos ánimos.  
 Cuando quiera que los otros me comprendan, dame alguien que necesite de mi comprensión;  
 Cuando sienta necesidad de que cuiden de mí, dame alguien a quien pueda atender;  
 Cuando piense en mí mismo, vuelve mi atención hacia otra persona.  
 Haznos dignos, Señor, de servir a nuestros hermanos;  
 Dales, a través de nuestras manos, no sólo el pan de cada día,  
 también nuestro amor misericordioso, imagen del tuyo.”  
 (Madre Teresa de Calcuta)

### **3º etapa.- ENTRAR EN LA TIERRA PROMETIDA: “Dios es amor.”(1 Jn 4, 8)**



“Yo soy la Puerta” (Jn 10, 9) para “que haya vida y vida en abundancia.” (Jn 10, 10)

Dios es la plenitud del ser humano. Y ésta plenitud se da en el amor.

“El amor de Dios llega verdaderamente a su plenitud en aquel que guarda su palabra. Esta es la prueba de que estamos en él.” (1 Jn 2, 5)

Por lo tanto, la llave que me abre la puerta que da acceso a Dios, a la tierra prometida es su Palabra, es su voluntad.

“No todo el que diga Señor, Señor, entrará en el Reino de los cielos, sino el que haga la voluntad de mi Padre.” (Mt 7,21)

“Entrará en el reino”, en la tierra prometida, el que haga la voluntad de Dios.

Y su voluntad es que nos queramos, que nos sintamos responsables unos de otros.

“¿Aceptáis entrar en la vida trinitaria de Dios? ¿Aceptáis entrar en su comunión de amor?”  
 (Benedicto XVI)

Donde hay amor, allí está Dios. Donde se realiza su voluntad el cielo ha comenzado.

“Hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo.” (Mt 6,10)

Así la tierra se convierte en reflejo del cielo.

El cielo no es un lugar geográfico, sino un estado de vida, la misma vida de Dios. Eso me hace familia de Dios.

“¿Quién es mi madre y quiénes son mis hermanos?... Estos son mi madre y mis hermanos... todo el que cumpla la voluntad de mi Padre celestial, ése es mi hermano, mi hermana y mi madre.” (Mt 12, 47-48)

“Padre mío,... no sea como yo quiero, sino como quieres tú.” (Mt 26,39)

La salvación del mundo descansa en la oración del monte de los Olivos: ‘no se haga mi voluntad, sino la tuya’, oración que el Señor nos enseñó en el padrenuestro como centro de la fe vivida.

“Todo el fondo del problema consistía en esto: en dejar de querer lo que yo quería y en comenzar a querer lo que querías Tú.” (San Agustín; Confesiones IX, 1,1)

“Creer, abandonarse al Señor, entrar en su voluntad: esta es la dirección esencial.” (Benedicto XVI)

“Siempre que ores di: ‘Cúmplase, Señor, tu voluntad en mí;  
que no me oponga a ella;  
cúmplala yo, como le dan cumplimiento tus ángeles y tus santos.

Enséñame a cumplir tu voluntad.

Ayúdame a cumplir lo que mandas;  
dame tú mismo la gracia de cumplir lo que mandas.  
En ti encuentro lo que me mandas y que tanto deseo.

Dame lo que mandas y mándame lo que quieras.” (San Agustín)

“Mi mandamiento es éste: Amaos los unos a los otros, como yo os he amado.” (Jn 15, 12)

“Hágase en mí según tu palabra.” (Lc 1,38)

“Fiat, ésta es la oración cristiana.” (Catecismo, 2617)

Canción: Hágase (Ixcis)

Así caminamos hacia la meta de nuestra peregrinación terrena, hacia la Jerusalén del cielo. Allí ya no hay ningún templo: Dios mismo y el Cordero son su templo; y la luz del sol y la luna ceden su puesto a la gloria del Altísimo. (cfr. Ap 21, 10-14.22-23)